

*Selección RNR*

MARISA SICILIA

# FORAJIDO



Romance histórico

# FORAJIDO

*Marisa Sicilia*



1.<sup>a</sup> edición: agosto, 2016

© 2016 by Marisa Sicilia

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009

Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-522-7

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del

*copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Lola, porque siempre nos quedará  
el far west*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Epílogo

Media docena de niños de diferentes edades bostezaban apoyados sobre las mesas que hacían de improvisados pupitres. Felicity alzó la voz tratando de contagiar su entusiasmo al infantil auditorio.

—Y es por eso que no debemos robar ni mentir, ni por supuesto asesinar a nuestros semejantes. Veamos, ¿quién puede recitar de corrido los Diez Mandamientos?



Solo una mano se alzó con rapidez. Felicity sonrió a la pequeña de los Richardson.

—Sé que los sabes, Laura, pero ¿qué tal si dejamos que alguien más se anime? ¿Qué me dices, Jimmy? ¿O tú, Samuel?

Los aludidos se rascaron la cabeza, pensativos. Jimmy empezó:

—Amarás a Dios sobre todas las cosas.

—Muy bien —le alentó Felicity—. ¿Y qué más?

—No matarás.

—Estupendo, ¿y...?

—No robarás.

—Eso es.

—Y...

Jimmy puso cara de hacer un esfuerzo tremendo, pero la inspiración no llegó. Laura volvió a alzar la mano impaciente.

—Piensa tranquilo, no tenemos ninguna prisa.

Varios suspiros desencantados sonaron de fondo.

—¿No pegarás a tu hermano pequeño?

Las risas sonaron a coro.

—No, Jimmy, aunque es un buen punto. Podemos considerarlo un extra.

¿Te acuerdas de alguno más?

El pequeño siguió pensando. La paciencia de Felicity comenzó a resentirse. ¿Era tanto pedir que se aprendiesen diez sencillas normas al dedillo? Otra mano se levantó al fondo.

—Sí, dime, Peter, ¿conoces la respuesta?

—No, señorita McIntyre, ¿pero puedo irme ya? Mi madre me ha dado permiso para ir de pesca.

Todos los rostros se volvieron hacia ella esperanzados. Cualquiera de ellos tenía mejores cosas que hacer una mañana de domingo de primavera que

quedarse allí encerrados.

Felicity se supo derrotada.

—Está bien. Podéis iros, pero recordad leer en vuestras casas el fragmento que hemos estudiado. No lo olvidéis: Moisés y la travesía del desierto.

—No, señorita McIntyre — respondieron a coro y salieron huyendo de la escuela dominical. Todos. Incluso Laura.

Suspiró, pero no perdió el ánimo. Estaba acostumbrada a tratar con aquellas pequeñas bestezuelas. Era un triunfo mantenerlos sentados y que se

presentasen vestidos y calzados. Además, pensó a la vez que consultaba el pequeño relojito que llevaba prendido del vestido con una fina cadena, ella también tenía más cosas que hacer.

Constance la estaba esperando en la puerta del salón parroquial. Era una mujer bajita, redonda y pacífica, de cabellos oscuros entre los que se mezclaba alguna cana. Muy distinta de Felicity que era de estatura mediana, constitución no generosa pero tampoco en exceso delgada, de cabellos cobrizos que llevaba recogidos muy tirantes en

torno al rostro y piel blanca salpicada de pequeñas pecas. Sus ojos entre verdes y grises habrían sido bonitos si los cristales de las gafas no hubiesen velado su desconcertante efecto. Ambas tenían treinta años cumplidos y estaban solteras. Mala combinación para una mujer en Carsons o en cualquier otro lugar, pero tanto la una como la otra habían asumido su condición y no dejaban que les impidiese llevar un vida activa y gratificante a los ojos del Señor, que era la vara por la que medían sus actos.

Con todo, había límites que siempre

sería complicado traspasar para cualquier mujer, fuese soltera o casada, en Carsons o en Missouri.

—¿Lista, Constance? —preguntó Felicity colocándose los guantes y ajustándose el chal.

—Si tú lo estás... —contestó su amiga que era fundamentalmente tímida, y solo su timidez y la docilidad de su carácter la empujaban a seguir la corriente a Felicity.

—Pues adelante.

La mañana de mayo era despejada. El viento soplaba a rachas y barría el polvo de las calles. La señora Dobson,

la mujer del juez, las saludó y el viejo Joe se llevó la mano al sombrero cuando se cruzaron. Pasaron frente a la oficina del *sheriff*. Varios carteles de «Se busca» amarilleaban pegados en la fachada. Uno era más nuevo y capturó su atención. Unos ojos inertes la contemplaron desde la pared. Felicity reprimió un escalofrío y en silencio elevó una plegaria para que el Señor librase a Carsons y a toda Oklahoma de aquellos indeseables.

Enseguida llegaron a su destino. Felicity miró a su compañera para infundirle valor. Era curioso porque,



pese a la debilidad de carácter de Constance y a su mayor fortaleza, si no contase con la asistencia de su amiga, difícilmente Felicity se habría decidido a cruzar las puertas del bar. Estaba muy mal visto que una mujer entrase sola, e incluso acompañada en un *saloon*, de hecho, muchos de ellos ni siquiera lo permitían. A no ser que la mujer en cuestión fuese bailarina o corista o tuviese algún otro trabajo aún más indecoroso que una señorita honesta como Felicity debía ignorar. No era el caso. Conocía a varias mujeres de la vida, chicas muy jóvenes a las que había

ayudado a alejarse de aquella espiral de perdición. Buenas chicas a las que sus pasos les habían guiado por el camino equivocado y, al igual que muchos otros, solo necesitaban un empujón en el sentido correcto. Y eso precisamente era lo que había ido a hacer al *saloon* de la calle principal de Carsons. Lo que sucedía era que no todos estaban dispuestos a dejarse orientar. Por eso Felicity agradecía tanto la presencia de Constance. Complementaba su valor. Se sentía mucho más segura y más decidida si la tenía a su lado.

—Vamos allá.

Empujaron las puertas abatibles y, acostumbradas a la claridad del exterior, el ambiente más oscuro del *saloon* hizo que necesitasen un momento para adaptar la vista. Otros sentidos reaccionaron con mayor rapidez. El local hedía a vaca, a alcohol rancio y a más olores desagradables y almizclados.

Varios de los hombres que bebían y hablaban de sus asuntos en la barra, se volvieron hacia la puerta y, al reconocerlas, apartaron el rostro maldiciendo en voz más o menos baja. Era la reacción habitual. No es que le gustase, pero la razón de ser en la vida

de Felicity era llevar la Palabra donde más se la necesitaba. Y no era ningún secreto que allí se la necesitaba y mucho.

Miró a su alrededor con la vista ya más acostumbrada y enseguida localizó a un posible objetivo. Se dirigió hacia él con paso firme seguida de cerca por Constance.

—George Scott, debería darte vergüenza. Tu mujer acaba de dar a luz. Tienes dos pequeños más. Estarán esperándote en casa y tú mientras gastando el sueldo en alcohol.

George, veintiséis años, las botas de

montar y la ropa de trabajo aún puesta pese a ser domingo, casi se ruborizó y retorció su sombrero abochornado por la mirada de censura de Felicity.

—Ha sido solo un trago, señorita McIntyre. Un hombre tiene derecho a un respiro después de una semana de duro trabajo.

—Eso mismo dijiste la última vez y estabas borracho cuando tu esposa se puso de parto. Si no hubiese sido por los Wharton, a saber qué les habría ocurrido.

Las dos mujeres miraron a George con reproche. Él esquivó sus miradas.

Dejó el vaso a medias, musitó unas palabras confusas y se levantó del taburete tras depositar unas pocas monedas sobre la barra.

—De todas formas, ya me iba.

Felicity y Constance cruzaron sonrisas satisfechas. George no era mal hombre, pero le gustaba demasiado el *whisky*. Algunos más se levantaron siguiendo su ejemplo. El barman las miró con mala cara. Aquellas solteronas puritanas le espantaban a la clientela. Más de una vez había sostenido una violenta discusión con Felicity por ese mismo motivo, pero no había forma de

hacerle desistir y cualquier cosa era mejor que oírle recitar versículos de la Biblia en medio del *saloon*.

Un hombre permanecía en la barra aferrado a su vaso de *bourbon*. La cabeza inclinada con el sombrero ocultándole el rostro. La barba oscura y cerrada. El polvo de sus ropas indicaba lo que Felicity ya sabía, aquel tipo no era de por allí y solo estaba de paso.

No fue una razón lo bastante buena para acallarla.

—Buenos días, hermano. ¿Sabe que Dios le ama y solo espera un pequeño gesto para volver a acoger en su

amoroso seno a las ovejas descarriadas del rebaño?

Tom tenía muchas preocupaciones en la cabeza. Aunque pudiese parecer lo contrario permanecía alerta a cuanto ocurría en el local. Había oído aquella voz aguda recriminar algo a un hombre, pero la había ignorado, pese a su tono molesto. Aquello no iba con él. Sin embargo, ahora sonaba demasiado cerca para hacer oídos sordos. Alzó el rostro y miró a la mujer por debajo del ala de su sombrero.

—Señora, no sé quién es ni me importa, pero se ha equivocado de



hombre.

Felicity se quedó petrificada por efecto de aquella mirada. Era fría como el acero, peligrosa, profunda y tan definida como el resto de sus facciones. El mentón amplio y firme con un hoyuelo en medio de la barbilla que la barba no ocultaba del todo, la mandíbula cuadrada, los hombros anchos, el rostro curtido por el sol... Felicity estuvo a punto de abrir la boca y dar un paso atrás. Logró contenerse a tiempo.

—No estoy casada, así que llámeme señorita, señorita Felicity McIntyre. Y le advierto que no es nada considerado por

su parte replicar en ese tono. «La respuesta amable calma la ira; la respuesta grosera aumenta el enojo». Proverbios 15:1.

El barman puso los ojos en blanco, pero Tom la miró con más atención. Pálida, pecosa, sombrero con el lazo anudado por debajo de la barbilla, gafas redondas que acentuaban su tono impertinente y sabelotodo. La cintura fina y el busto alto, pero cubierto por un recatado vestido de color verde oscuro. Aire de maestra de escuela o de esposa del pastor. Su compañera lucía de un modo parecido, solo que era un poco

mayor y más tímida.

—Cuando necesite un predicador iré a la iglesia, pero ahora estoy en un bar. Diría que es usted la que está en el lugar equivocado.

Varios aplausos sonaron al fondo de la barra, aunque se apagaron ante la expresión llena de justa indignación de Felicity. Aquel forastero tenía algo que hacía que no pudiese apartar los ojos de él. Habría afirmado que no le era completamente desconocido, aunque no sabría decir de qué le era familiar.

Pese a la confusión que le provocaba, se resistió a dejarse comer el terreno.

—El Señor está en todas partes, incluso aquí, y nada puede impedir que haga oír su voz.

Quizá la palabra de Dios fuese omnipresente, como decía Felicity, pero algo hizo que callase, incluso antes de que Tom pudiera contradecirle.

Tres hombres entraron en el *saloon* bloqueando la luz del exterior y la puerta. El silencio se hizo a su alrededor. Las pistolas en las cartucheras. La placa de *sheriff* reluciendo en la camisa.

—Buscamos a Thomas Rafferty, también conocido como Tom el irlandés.

¿Alguien lo ha visto?

La atmósfera se volvió quebradiza. Entonces Felicity recordó los pasquines ofreciendo la recompensa, la expresión fría y desalmada bajo el rótulo de «Se busca». Se volvió hacia el hombre que tenía a su derecha. Había vuelto a hundir el rostro bajo el ala del sombrero, pero lo levantó y su mirada se cruzó veloz y nerviosa con la de Felicity.

Y los dos supieron que gritaría.

No comprendió cómo ocurrió, pero ningún sonido llegó a escapar de su garganta. En un abrir y cerrar de ojos se vio rodeada por uno de los brazos de

acero de Tom Rafferty. Con el otro empuñaba un revólver y apuntaba hacia el *sheriff* usándola a ella como escudo.

—Dad un solo paso y abriré fuego.

Constance gritaba con chillidos cortos y repetidos, pero Felicity no se atrevía a respirar. Por otra parte, Tom la sujetaba con tanta fuerza que le era difícil lograrlo. La apretaba contra su cuerpo, como un árbol cuya propia raíz se hubiese vuelto contra el tronco, ahogándola y atenazándola contra sí.

En el *saloon* nadie movió un músculo. Los hombres del *sheriff* mantenían los brazos abiertos y

separados del cuerpo, dispuestos a sacar sus armas al menor descuido. Rafferty les llevaba ventaja. El irlandés tenía fama de peligroso. Llevaban semanas detrás de él y estaban dispuestos a todo, pero no habían contado con la presencia de una mujer en un bar. ¿Qué pintaba una mujer en un bar? Una mujer honrada como parecía aquella. El *sheriff* Lowell no quería que al día siguiente los periódicos hablasen de una víctima inocente muerta en un tiroteo. Por no mencionar que, si intentaba desenfundar, lo más probable sería que Tom disparase antes de que tuviese tiempo de

amartillar el Colt.

—Voy a salir de aquí y si alguien me sigue o intenta cualquier cosa, ella pagará las consecuencias. ¿Comprendido?

—Suéltala, Rafferty —dijo Lowell —. No empeores las cosas.

—¡Déjeme! ¡Suélteme le digo! —dijo Felicity luchando por recuperar el aliento y desasirse.

—¡Calle y camine! —ordenó Tom, retrocediendo hacia la puerta de atrás. Era lo primero que hacía cuando entraba en cualquier establecimiento: estudiar las posibles salidas.



En su huida estuvieron a punto de tropezar con un hombre que descargaba cajas de *whisky* de un carro. Tom vio la oportunidad. Cogió a Felicity por la cintura y, sin aparente esfuerzo, la alzó en un abrir y cerrar de ojos y la depositó en el pescante sin la menor delicadeza, más bien como habría arrojado un saco de harina. No le dio tiempo a tratar de enderezarse cuando él subió de un salto, tomó las riendas y arreó con furia a los caballos. El carro salió dando tumbos calle abajo. Felicity tuvo que agarrarse a donde pudo para no caer arrollada bajo las ruedas.

El *sheriff* y sus hombres se atropellaron unos a otros al tratar de cruzar la puerta al mismo tiempo. Desde el centro de la calzada vieron alejarse el carro. Sus caballos estaban en la otra calle. Furioso, Lowell sacó el revólver y disparó hasta que agotó el cargador.

Fueron seis balas desperdiciadas.

Tenía el corazón a punto de escapársele por la garganta. Se sentía tan alterada que olvidó incluso rezar. Si no conseguía aferrarse a algo sólido, se caería del carro y, a la velocidad a la que iban, se abriría la crisma o se partiría el espinazo. Felicity no quería que llegase tan pronto su hora. Aún era joven. Aún tenía mucho que hacer en el mundo. Al fin logró mantener cierto inestable equilibrio sujetándose con una mano al respaldo y con la otra al

asiento, abriendo las piernas y afirmando los pies contra el suelo con todas sus fuerzas. No era una postura muy elegante ni muy comedida pero no era el momento de pensar en las apariencias. Por otro lado, Rafferty la ignoraba por completo. Iba erguido sobre el pescante y arreaba a los caballos haciendo que la frase: «Veloces como el viento», se quedase corta. Llevaba firmes las riendas y Felicity no lo vio perder el pulso ni vacilar en su equilibrio ni una única vez.

Aún no entendía cómo podía haber ocurrido. ¿Qué hacía ella en una carreta

a punto de desbocarse cuando tan solo un momento antes se encontraba en la seguridad de las queridas y conocidas calles de Carsons? ¿Cómo se había visto envuelta en aquel aprieto? ¿Qué pretendía hacerle ese hombre? ¿Por qué no se detenía y la dejaba marchar y luego continuaba, si así lo quería, con su vida de vicio, maldad y perversión? No es que Felicity lo aprobase, pero dado el caso, consideraba que sería lo mejor. Ella regresaría a pie a Carsons y rezaría por él. Cada noche. Dos veces si era preciso.

—¡Pare! ¡Pare! ¡Déjeme bajar ahora

mismo! ¿Me oye?

—¡Calle y agárrese fuerte! —gritó él antes de que otra sacudida zarandeara la carreta y a Felicity con tal violencia que por un momento creyó que saldría despedida, hasta que otro vaivén la arrojó hacia atrás golpeándola contra el banco de madera.

Felicity no dudó de que aquel hombre haría que se matasen. Buscó su rostro y aunque tenía las gafas descolocadas y no se atrevía a desasirse para ponerlas en su sitio, advirtió en su expresión una determinación ciega.

Tom el irlandés le había llamado el

*sheriff*, pero no se parecía a ninguno de los irlandeses que ella conocía; no muy altos ni muy fuertes, pero de alegres ojos azules y trato afable pese a su común amor por el *whisky* de malta. Aquel hombre no tenía nada de amable ni de afable.

Era completamente injusto que se hubiese visto involucrada en aquella situación. Se consideraba una buena cristiana. Hacía cuanto podía por ayudar. Trabajaba sin parar desde que se levantaba hasta que anochecía. Ayudaba con las curas y las visitas al doctor Patterson, supervisaba la recogida de

alimentos y el mantenimiento de un pequeño almacén de beneficencia para quienes pasaban por una mala racha o caían enfermos, limpiaba la iglesia, enseñaba la biblia en la escuela dominical... Sus padres, pastor presbiteriano él y esposa devota ella, la habían educado desde pequeña en la importancia de honrar a Dios en todos y cada uno de nuestros actos. Felicity había dedicado su vida a esa exaltación. De hecho, la mayoría de los hombres que conocía la consideraban demasiado exaltada. Pero eso no la desanimaba y seguía obrando como dictaba su



conciencia.

Y tras tanto trabajo y tantos esfuerzos se encontraba huyendo al lado de un perseguido por la justicia. ¿Qué pensaría hacer ese hombre con ella? Era un bandido, un salteador, un forajido. ¿Por qué la habría llevado consigo?

Se encontraban ya a mucha distancia de Carsons. Desoladoras posibilidades se extendieron ante sus ojos. Quizá la mataría para no dejar testigos o la abandonaría en medio de la nada y se las tendría que ver con los coyotes y las heladas nocturnas antes de morir de hambre y sed. Tal vez incluso la forzase

antes de abandonarla en medio de la nada para que los coyotes, las hienas y las heladas nocturnas...

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Volvió a mirar de reojo a Tom Rafferty. Las riendas en las manos, el sombrero calado hasta las cejas, las botas hasta la rodilla y el revólver asomando por encima del cinturón.

Parecía un hombre capaz de cualquier cosa.

—Es un hombre capaz de cualquier cosa —dijo el *sheriff* Lowell a su colega, Dwight Whitman, y a los

ayudantes de ambos, congregados a su alrededor.

—En lugar de estar aquí hablando, deberíamos salir tras ellos. ¡Estamos perdiendo el tiempo! —se quejó Dan, uno de los ayudantes.

—Nuestro objetivo es garantizar la seguridad de la señorita McIntyre —dijo Whitman—. No consentiré que se ponga en peligro su vida bajo ninguna circunstancia. Recé por que no haya resultado herida por culpa de sus disparos.

—Ya le he dicho que estaban demasiado lejos —replicó malhumorado

Lowell.

—¿Entonces por qué demonios disparó? En Carsons no nos gustan los tiroteos en medio de la calle. Este es un pueblo tranquilo.

Lowell reprimió una respuesta violenta. El *sheriff* Whitman era un hombre maduro con una larga experiencia a sus espaldas como garante del orden. Lowell no quería enfrentarse a él, aunque pensaba como su ayudante que estaban perdiendo un tiempo precioso.

—No quiero entrometerme, pero llevamos días ajustando el cerco en

torno a Rafferty. Robó un banco en Cushing e hirió gravemente a un hombre en Shawnee. Eso que sepamos con certeza. También se cree que está detrás del asalto a la diligencia de Fort Gibson. Los viajeros hablan de un hombre solo y la descripción coincide con la de Rafferty. Siempre actúa en solitario. Siento lo de esa mujer, pero no podíamos preverlo. Pienso que lo mejor sería organizar varias partidas y tratar de darle alcance, pero esta es su jurisdicción. Usted decide.

Whitman frunció el ceño. No le gustaba Lowell como no le gustaba que

nadie viniese a turbar la paz de Carsons, igual que no le agradaba que Felicity McIntyre se metiese donde nadie la llamaba. Si hubiese estado remendando calcetines en el porche de su casa, nada de aquello habría ocurrido. Pero ya no había remedio y no podían dejar a la señorita McIntyre en manos de aquella bestia rabiosa. Después de todo la conocía desde que llevaba trenzas y cruzaba por su puerta con la pizarra bajo el brazo camino de la escuela.

—Butch, habla con el alcalde y consigue todos los hombres que puedas. Parker, ocúpate de los caballos.

Michael, tú y yo saldremos hacia Elmore, los demás que rastreen todos los caminos hacia el sur. Querrá llegar a Texas. No se lo permitiremos. ¿Está de acuerdo? —le preguntó a Lowell.

—Muy de acuerdo. Si no le importa, yo saldré ya con mis hombres.

—No me importa, pero que quede claro: no tolero ajusticiamientos en mi distrito. Si encuentra a Rafferty, tráigalo y entrégueselo al juez. Luego podrá presenciar el ahorcamiento si lo desea. De hecho, si Felicity sufre algún daño, yo mismo me encargaré de ajustarle la soga al cuello. Y que conste que eso va

también por usted.

Lowell se tocó el sombrero.

—No se preocupe, Whitman. Protegeré a esa mujer como si se tratase de mi propia hermana.

Su hermana era una viuda que vivía en Albany e intentaba sacar adelante su rancho y sus tres hijos como podía, pero no con la ayuda de su hermano porque hacía cinco años que no se veían. Pero como el *sheriff* Whitman no sabía nada de eso, se quedó más conforme.

Lowell y sus hombres se dirigieron a los caballos y salieron de Carsons en dirección sur, apenas se habían alejado



un poco cuando Scott, el más joven de sus ayudantes, expresó en voz alta sus dudas.

—Eso que ha dicho antes, señor, sobre lo de Fort Gibson...

—¿Qué pasa con Fort Gibson?

Scott titubeó.

—Cuanto más lo pienso más extraño me parece. Fort Gibson está a más de setenta millas de Shawnee. Rafferty habría necesitado cabalgar día y noche para estar en los dos sitios con tan poca diferencia de tiempo.

—¿Y eso qué? ¿Acaso es imposible?

—replicó de mala gana el *sheriff*.

—No, pero ¿y si se tratase de Spencer? Coincide con la descripción y los asaltos a diligencias son su especialidad.

—Spencer lleva meses en Kansas.

—Pero podría haber regresado —insistió Scott—. Los testigos dijeron...

—No quiero oír una palabra más sobre ese asunto —cortó Lowell con sequedad—. Lo importante ahora es echarle el lazo a Rafferty. Luego decidiremos sobre el asunto de Fort Gibson. ¿O es que tú piensas otra cosa?

—No, señor —dijo Scott con timidez.

—Pues que no se te olvide. Y ahora echad el alto. Vamos a dar la vuelta.

Detuvo a su caballo y sus ayudantes lo imitaron. Dan se extrañó.

—¿No vamos a ir tras él?

—Claro que sí —afirmó Lowell—, pero ese bastardo es listo. No irá hacia el sur porque sabe que estamos esperando que lo haga. —Ya había subestimado una vez a Rafferty. No repetiría ese error.

Los jóvenes se miraron entre sí, dubitativos. ¿Qué fugitivo se resistiría a huir tan rápido como pudiera hacia Texas? Aunque quizá la idea no era tan

absurda.

—Tulsa está a una jornada de viaje y tiene estación de ferrocarril —sugirió Scott.

—¿Entonces? —preguntó Dan.

—Entonces hacia el norte —decidió Lowell—. A Tulsa.

Tom sujetaba las riendas con mano firme. Había virado el rumbo inicial y se dirigía hacia el norte. Esperaba que las huellas de las ruedas se confundiesen entre las otras y que menos hombres saliesen en su búsqueda en esa dirección. Era un retraso y un riesgo, pero cualquiera que fuese la decisión tomada, conllevaría un coste. En los últimos tiempos aquella premisa se había convertido en una constante en su vida. Cualquier decisión, cualquier

descuido, cualquier suceso en apariencia inofensivo podía tener consecuencias fatales. Para él o para algún otro.

No debió detenerse en aquel bar, pero hacía tres días que no veía ni rastro del *sheriff* Lowell y sus hombres. Pensó que podía tomarse un respiro. También lo había pensado en Shawnee y el día terminó con un hombre malherido que por muy poco no había sido él. Quinientos dólares por su cabeza era un precio más que tentador. Se había convertido en el objetivo de muchos de los cazarrecompensas al este y al oeste

del río Arkansas.

En comparación con lo de Shawnee, la mujer había sido un daño menor. Confiaba en que Lowell no abriría fuego con ella de por medio. Puede que hubiese sido mucho suponer.

Le echó una ojeada de refilón. Tenía el temor pintado en el rostro, pero a juzgar por su modo de sujetarse, se debía más a la velocidad que a otra razón. No podía juzgarla. Era un milagro que aquella carreta desvencijada no se hubiese desarmado.

No había acabado de pensarlo cuando una de las ruedas se salió del

eje. Tom supo lo que iba a ocurrir y maldijo para sus adentros una vez más porque la suerte se negaba a estar de su parte. El carro volcó bruscamente. Los arneses que sujetaban a los caballos cedieron. Los animales continuaron corriendo, pero sin ellos, que salieron despedidos por los aires.

Tom había experimentado caídas parecidas, además, lo había visto venir. Rodó sobre sí mismo sin sufrir mayores males. Felicity, en cambio, recibió el impacto de lleno. Cayó en plancha y se quedó inmóvil, desparramada en el suelo, igual que una muñeca de trapo.



Tom se incorporó pensando en lo peor. La culpa volvió a reconcomerle, si aquella mujer resultaba lastimada... Esa vez no podría acusar a otro, la responsabilidad sería solo suya. Le pareció escuchar la voz de su madre: «Nuestros actos nos definen. No sirven los propósitos ni las protestas ni las alegaciones de enmienda. Al final lo que cuenta es lo que hacemos. ¿Qué quieres que piensen de ti cuando llegue la hora de rendir cuentas? ¿Que fuiste un hombre honesto o que estuviste buscando excusas para no ser un hombre mejor?».

Siempre le puso el listón alto a pesar de que año tras año se veían más y más abocados a la miseria por muy duro que trabajase su padre. La suya fue una familia humilde, aunque su madre había sido lo que se dice toda una señora. Dejó una buena casa en Dublín para desposarse con un hombre que no pertenecía a su misma clase. Tom nunca la oyó quejarse ni dar muestras de arrepentimiento. Era más que posible que a su madre le hubiese gustado aquella mujer. La idea le produjo otra punzada de culpa. De seguro no le habría entusiasmado que estuviese

muerta.

Trató de reanimarla, le tomó de la mano y le dio pequeñas palmadas en el rostro.

—Señora... Señorita —corrigió, aunque se sintió estúpido por lo ridículo de andarse con miramientos cuando era su vida lo que estaba en juego—. Felicity —dijo recordando su nombre—, ¿se encuentra bien?

No reaccionaba. Tom no sabía qué más podía hacer, pero le parecía mal que estuviese tendida de cualquier manera en medio del polvo. La cogió en brazos y fue a dejarla recostada junto a

lo que quedaba de la maltrecha carreta.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó como si el cambio de postura fuese suficiente para reanimarla.

Felicity siguió sin dar señales de vida y Tom volvió a maldecirse por sus escrúpulos. Estaba perdiendo un tiempo que no tenía. Se había quedado sin caballos, se encontraba a campo abierto, tenía que ponerse en marcha antes de que lo encontrasen los hombres del *sheriff*.

Lo mejor sería dejarla allí. Con un poco de suerte alguien la encontraría y se ocuparía de atenderla. La examinó de

nuevo en busca de alguna reacción. No tenía buen aspecto. Había perdido el sombrero. Las gafas se le habían roto, los cristales estaban rajados y estallados y la montura doblada por la mitad. Varios mechones de cabello se escapaban del recogido y caían sin orden sobre la cara y el cuello. Hasta el vestido había salido malparado. Algunos de los botones superiores habían cedido por la presión y dejaban ver la camisa interior de hilo. Era como si un vendaval le hubiese pasado por encima.

No sabía qué hacer. Le quitó las

gafas para evitar que pudiese cortarse con los cristales. Sin ellas y sin el cabello peinado y repeinado parecía una mujer completamente distinta a la impertinente metomentodo del *saloon*. Una mujer que podría gustarle a Tom. Una mujer que le gustaba, que le había gustado incluso cuando llamó su atención en el bar, si no ¿por qué le siguió la corriente en lugar de ignorarla?

Lanzó otra maldición y esa vez lo hizo en voz alta. Aquello era una sandez. No tenía tiempo que perder. Debía volver a la realidad. Huía de la justicia y estaba metido en graves problemas.

Ella era otro.

Justo en ese momento abrió los ojos. Tom dio un rápido paso atrás enderezándose en toda su altura. Felicity parpadeó echando de menos sus gafas, y trató de enfocar la visión. Un hombre alto, fuerte y que a su juicio necesitaba urgentemente un baño y un afeitado la miraba desde arriba con cara de pocos amigos.

—¿Quién es usted?

El malhumor de Tom aflojó solo un poco.

—Espere. Le daré algo que la reanimará.

Rebuscó en la parte trasera del carro. Encontró una botella de *whisky* que, milagrosamente, no estaba rota. La abrió y antes que nada le dio un buen trago. Lo iba a necesitar. Se guardó el resto en una petaca, vertió un poco en una pequeña jarra y se lo llevó a ella.

Felicity bebió sin protestar, pero empezó a toser tan pronto como el líquido bajó por su garganta. El *whisky* también produjo otros efectos. De golpe lo recordó todo. El rapto en el *saloon*, la carrera desenfrenada y el vuelo por los aires hasta estamparse contra el suelo. El impacto de lleno en el pecho le



había cortado la respiración. Pensó que jamás volvería a tomar aliento. Se alegraba de haber sobrevivido, pero se sentía indignada.

Se incorporó recuperando las fuerzas a velocidad de vértigo.

—¡Usted! ¡Usted me ha secuestrado!  
—gritó furiosa y apuntándole al pecho con un dedo acusador.

—¡Baje la voz! —ordenó él con una de sus miradas más amenazantes. No se veía un alma ni poblados ni siquiera una miserable granja a su alrededor, pero los sonidos se comportaban de manera extraña en aquellos grandes espacios

abiertos. A veces las voces te susurraban al oído, arrastradas por el viento a través de millas y millas.

Felicity sacó fuerzas de donde pudo. No pensaba dejarse intimidar. Le dolían tantas partes del cuerpo que no podía detenerse a enumerarlas y, aunque nunca se había sentido incómoda con su estatura, él le sacaba casi una cabeza. Pero se equivocaba si creía que bastaba con aquel tono bajo y aquella mirada de hielo para hacerle callar.

—Gritaré todo lo que quiera, ¿me oye? ¿Qué va a hacer para impedírmelo? ¿Me golpeará? ¿Me disparará con ese

revólver? —dijo apuntando hacia el arma que asomaba entre las aberturas de su chaqueta—. ¿Se atreverá a usarlo contra una mujer indefensa? Que Dios se apiade de su alma si lo hace. Pienso alzar la voz cuanto se me antoje. ¡Socorro! —gritó con toda la fuerza que le permitían sus pulmones—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Gritaba tan alto que Tom pensó que se la oiría en varias millas a la redonda. Se comportaba como una chiquilla. Tanto que su primer impulso fue cogerla por la cintura, tumbarla sobre sus piernas y darle unos buenos azotes. Por

un segundo, en una especie de visión anticipada se imaginó a Felicity resistiéndose y chillando todavía más alto, la pequeña fierecilla apresada, tratando de escapar y sin poder hacerlo, con sus mechones cobrizos ya del todo desparramados. La escena no le disgustó del todo.

Felicity continuaba gritando. Tom reaccionó, aunque se conformó con cogerla por el talle, atraerla contra su cuerpo y taparle la boca con la mano.

Felicity boqueó sin dar crédito. Era la segunda vez en la misma mañana que aquel hombre la tomaba entre sus brazos

sin la menor consideración. Trató de zafarse, pero lo único que consiguió fue restregarse contra el muro de piedra que era su cuerpo. Algo que a juzgar por su sonrisa no molestó en absoluto a Tom.

—¡Calma, calma, fiera! —dijo con un tono de clara diversión en la voz. Puede que tuviera muchos aires, pero apenas le costaba nada contenerla, para él era un juego de niños.

Felicity comprendió que no lograría nada de ese modo. Respiró jadeante. La mano de Tom le tapaba por completo la boca. Dejó de luchar y trató de tomar el aire controladamente por la nariz. Se

quedó muy quieta, pero su pecho subía y bajaba con rapidez tras el vestido. Él sonrió triunfador. Había domado a aquella bestezuela pelirroja.

Entonces Felicity le mordió. Sus dientes se clavaron en sus dedos con todas sus fuerzas.

El aullido de Tom también habría podido oírse en varias leguas a la redonda.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Será hija de...! —Tom iba a dedicarle uno de aquellos apelativos que hacían que su madre le advirtiese de que le lavaría la boca con jabón. Se calló justo a tiempo, pero no pudo evitar que Felicity volviese a pedir auxilio y que con la mirada le retase a que tratase de impedirlo.

Lucía desafiante y despeinada. Tom pensó en qué podía hacer para callarla. La solución se le apareció tan clara

como la mañana. No se planteó si era buena o mala, solo volvió a atraerla hacia sí, la estrechó entre los brazos y la besó.

Felicity se quedó estupefacta. Por un momento enmudeció. Luego pensó en gritar y buscar el modo de liberarse.

Después pensó que era la primera vez que la besaban.

No era algo que le ocurriese todos los días. Por supuesto aquello estaba mal. En tantos aspectos que ni siquiera tenía sentido detenerse a considerarlo. Pero también era cierto que en ningún momento Felicity lo había provocado ni



le había alentado. En ese sentido tenía la conciencia tranquila. Así que tal vez podía, solo por un breve instante, comprobar qué era aquello y si realmente merecía la pena y se estaba perdiendo algo valioso a causa de su soltería.

Con uno de sus fuertes brazos le ceñía la cintura, abarcándola por completo, y sus dedos se hundían en su pelo, deshaciendo su recogido y enredándolo.

Era tan cálido, igual de ardiente que el *whisky*. La barba le arañaba el rostro, pero sus labios eran suaves y sus manos,

a pesar de sujetarla con firmeza, no le hacían sentir desagrado. Lo que hacían era que se sintiese contenida, segura, acogida... Felicity comprendió: no solo no le disgustaba que Tom el irlandés la besara, sino que se sentía impulsada a abrazarse a su cuello y devolverle el beso.

Tampoco Tom sabía qué pensar. Había sido otro acto impulsivo. En cierto modo pretendía darle una lección, que supiera con quién estaba jugando. Suponía que la asustaría o la escandalizaría. Había esperado que se resistiese e iba a soltarla en cuanto

quedase claro quién era el que mandaba allí. Solo que, en lugar de resistirse, Felicity se dejaba besar y Tom descubría que le gustaba su tacto suave y el olor a agua de colonia que escapaba de su vestido entreabierto.

Peligroso. Muy peligroso.

Se separaron casi al mismo tiempo y se miraron a los ojos. La confusión era visible en ambos.

Aquello fue aún más violento. Tom se arrepintió. ¿En qué estaba pensando? ¿Iba a llevarle flores y bombones a su porche? Al caer la tarde, cuando la faena terminaba y echaba de menos a

alguien a quien contar cómo había ido el día. Tiempo atrás la idea había cruzado por su cabeza, aunque siempre lo fue dejando para un poco más adelante. Cuando la casa estuviese terminada, cuando el rancho prosperase...

Pero eso era antes. Endureció el rostro y preguntó con brusquedad:

—¿Va a volver a gritar?

Felicity tragó saliva y se sintió estúpida. Vulnerable, estúpida y un poco asustada. ¿Cómo había podido comportarse así? Era un delincuente, un hombre capaz de lo peor. Aún la sujetaba y sus brazos ya no resultaban

acogedores sino amenazantes.

—Si se le ocurre forzarme...

El rostro de Tom cambió de color. Felicity se asustó un poco más.

—¿Forzarla? Pero ¿por quién me ha tomado? —dijo con auténtica furia y soltándola de golpe—. No soy ningún violador de mujeres. ¿Qué clase de escoria cree que soy?

Felicity enrojeció y se acaloró. No había pensado que los salteadores de caminos fuesen tan susceptibles. De todas formas, y aunque se alegraba de no tener que preocuparse por aquello, ella seguía teniendo razón.

—¡Pues bien que me ha besado sin mi permiso! —gritó.

—¡Niegue, si tiene valor, que le ha gustado! —gritó también Tom.

Felicity se sonrojó aún más, pero consiguió sobreponerse a la vergüenza y responder con dignidad.

—¿Cómo se atreve? Por supuesto que no me ha gustado.

—Conque no, ¿eh?

Él entrecerró los ojos. Felicity se alarmó y el pulso se le aceleró porque creyó que iba a volver a besarla. Y que el Señor y sus progenitores, que en gloria estuvieran, la perdonasen, pero

una parte de ella, una parte osada y aventurera que solía causarle problemas, deseó que ocurriera.

Él se detuvo justo a unos centímetros de su rostro. El ala de su sombrero rozando su frente. Felicity aguantó sin dar un paso atrás, temblando como una hoja por dentro, pero dispuesta a morir antes que a dejar entreverlo. Estuvieron así un buen rato, sus rostros muy juntos, mirándose frente a frente, hasta que él rompió el contacto.

—Márchese —murmuró entre dientes.

—¿Cómo dice? —preguntó

confundida.

Le dio la espalda y se dirigió a la carreta. Comprobaría que no dejaba nada atrás que pudiera serle útil y se marcharía cuanto antes. Antes de cometer un nuevo e irreparable error.

—Ya me ha oído. Lárguese. Vuelva a su pueblo —dijo sin mirarla, estirando el brazo para coger un Winchester 73 de entre los restos del carromato. Lo desmontó con la habilidad de quien está acostumbrado a hacerlo con frecuencia y comprobó la mira y los cartuchos. Felicity lo vio manejar aquella arma mortal y se sintió superada.



—¿Sabrá regresar? —preguntó él con seriedad.

Ella miró en torno a sí. Les rodeaba una inacabable extensión árida y ondulada. El sol sobrepasaba la mitad del cielo, pero aún quedaba por delante toda la tarde. Suponía que Carsons no estaría muy lejos, ¿una hora, tal vez dos, a pie? No solía alejarse del pueblo y se encontraba completamente desorientada.

—Está en aquella dirección —dijo señalándole un punto en la distancia. A Felicity, sin las gafas, le pareció un montículo entre otros muchos montículos iguales o muy parecidos.

—Por supuesto que sabré encontrar el camino. El Señor me ayudará —dijo alzando la barbilla y recurriendo a una seguridad que estaba lejos de sentir. Desde luego no iba a pedirle ayuda ni a admitir que le decepcionaba que la dejase marchar con tanta facilidad. Sin ni siquiera darle la oportunidad de exigir que lo hiciese.

—Entonces adiós.

Tom echó a andar con decisión. Ella se quedó mirándolo. La chaqueta oscura, las espaldas anchas, el fusil al hombro, los pasos largos y ligeros. Allá se iba el hombre que la había besado por primera

vez.

Se recriminó aquel pensamiento. Era inadecuado, impropio de ella. Debía sentirse feliz de estar liberada, no sola y abandonada. Lo único que tenía que hacer era ponerse en marcha y rezar para no perderse.

Se pasó los mechones sueltos del cabello por detrás de las orejas, se recogió un poco el vestido tirando de la falda para caminar más aprisa y no tropezarse con los bajos, y echó a andar.

Tom caminó un buen trecho sin mirar atrás. Era lo mejor. No quedaba lugar en su vida para distracciones. En otras

circunstancias quizá habría sido interesante conocer un poco más a Felicity McIntyre. La idea en sí era más bien absurda. Debía tener ¿cuántos? ¿Treinta, treinta y un años? Demasiados años y demasiado carácter. Tom iba a cumplir treinta y cuatro, pero era sabido que las mujeres —y más las mujeres solas— se agriaban con el tiempo, igual que el vino.

Con todo no podía decir que Felicity le hubiese resultado agria. Temperamental, entrometida, orgullosa... pero sabía a azúcar, a bizcocho caliente y recién hecho, a tarta

de manzana y limón. Sí, le había gustado besarla y, por más que lo negase, estaba seguro de que a ella también le había gustado.

Se detuvo. Solo un último vistazo. Una breve ojeada para recordarla durante las largas noches junto a la hoguera, un apunte más para su larga lista de cosas que podían haber sido y no fueron.

Se giró y la vio caminar. Con la cabeza alta, la falda un poco arremangada y un ritmo constante, rápido y decidido.

Y en dirección opuesta a la que le

había indicado.

Tom agitó la cabeza. No servía decirse que no era asunto suyo. La había llevado hasta allí. No podía abandonarla en medio de aquella nada reseca y polvorienta.

Traería problemas, ¿pero acaso podían ponerse las cosas peor? Seguro que sí, era experto en conseguirlo.

—¡Felicity! ¡Señorita McIntyre! —  
rectificó. Tampoco era bueno tomarse demasiadas confianzas. No se trataba de que ella entrase en sus planes. No era eso. Solo se encargaría de dejarla en algún lugar poblado y seguro y luego

continuaría tal y como tenía pensado.

Ella se volvió y entornó los ojos. Le costaba ver de lejos. No podía distinguir su expresión y no era capaz de adivinar qué pretendía ahora.

—He cambiado de opinión. Vendrá conmigo. No quiero que se pierda y acabe con el cuello partido en un barranco y me acusen también de eso — masculló con forzado mal humor cuando estuvo a su altura.

Felicity se alteró. No solo la raptaba, sino que además la llamaba torpe e ignorante. ¿Acaso pensaba que no sabría regresar sana y salva a su casa?

—Si me parto o no me parto el cuello no es asunto suyo. Procuraré dejar claro que usted no ha tenido nada que ver.

—¿Y cómo lo hará si tiene el cuello roto? —preguntó él con acidez.

—Era una respuesta retórica.

—¿Re cómo dice?

—Significa...

—Sé lo que significa y no estoy seguro de que sea a lo que usted se refiere.

A Felicity las chispas se le escaparon por los ojos. No podía creer que aquel individuo reclamado por la justicia pretendiese darle lecciones.



—Sea como sea me ocuparé de mí misma. —De hecho, era lo que hacía todos los días. No necesitaba a ningún hombre y menos a un indeseable como Tom el irlandés.

—No es una opción —dijo él más serio—. Camine por delante de mí ahora.

—Gritaré —aseguró ella.

Tom la miró con esos fríos ojos claros que trastornarían a cualquiera.

—Entonces no tendré más remedio que volver a besarla.

Felicity abrió la boca, escandalizada, y la abrió aún más cuando Tom mudó su

expresión hosca por una media sonrisa descarada. Echó a andar en la dirección que él le señalaba, pero solo le faltó bufar.

Tom la dejó adelantarse unos metros. Aún tenía un buen puñado de preocupaciones en la cabeza, pero se sentía mejor, menos cargado, más ligero. Y no era por lo mucho que le gustaba y le divertía aquella mujer. Era porque había hecho lo correcto.

Debería asegurarse de no olvidarlo.

Tenían un largo y fatigoso camino por delante. Aquella región de Oklahoma no era tan extrema como el noroeste del estado —de condiciones casi desérticas—, pero en la llanura que se extendía ante su vista no había rastro alguno de árboles ni construcciones ni siquiera un arroyo. Solo algunos promontorios rocosos salpicaban el paisaje aquí y allá. La zona había sido territorio comanche y los más viejos del lugar contaban historias que ponían los pelos

de punta; pero desde el reparto de tierras de 1887, los colonos habían ido desplazando sin prisa, pero sin pausa a los nativos hasta expulsarlos y confinarlos en reservas. Hacía años que no se producían enfrentamientos. Los ganaderos atravesaban el estado rumbo a las grandes ciudades del este con absoluta tranquilidad.

Una tranquilidad de la que carecía Felicity. Llevaban horas caminando y el cansancio y las emociones del día comenzaban a pasarle factura. Había adoptado un ritmo rápido y constante, como el de quien tiene prisa por llegar a

algún sitio, pero cada vez le costaba más mantenerlo y notaba que él aflojaba la marcha para no dejarla atrás. Cuando se percataba, levantaba la barbilla y apretaba el paso. Solo tenía que seguir así hasta Tulsa. Una vez allí tomarían caminos distintos para no volver a verse nunca más. Eso le había dicho Tom. Ella le había preguntado si le daba su palabra, él había respondido que estaba dispuesto a jurarlo sobre la Biblia. Felicity se había hecho la ofendida por el hecho de que tomase la palabra de Dios tan a la ligera, pero, si era sincera consigo misma —y siempre lo era—, lo

que más le molestó fue aquel desaire.

—¿Está cansada?

—Estoy bien, gracias —respondió, aunque tenía las plantas de los pies destrozadas, echaba de menos las gafas y habría dado un año de vida a cambio de quitarse el sudor y el polvo.

—Entonces continuaremos un poco más. Debemos aprovechar mientras aún es de día.

¿Caminar mientras era de día? Había dado por hecho que llegarían a Tulsa antes del anochecer.

—¿Cuánto falta aún?

—Calculo que unas doce millas.

—¡Doce millas!

—Estamos dando un pequeño rodeo.

—¿Cómo que un pequeño rodeo? — dijo indignada—. En ningún momento me advirtió de que tendríamos que hacer noche en el camino. No estoy dispuesta a pasar la noche al raso con un... con un...

—Dígalo. No tema herir mis sentimientos.

Felicity se paró y puso los brazos en jarras. No iba a impresionarla con esa actitud de tipo duro y cínico de vuelta de todo. Por otra parte, estaba deseando preguntárselo.

—Y bien, ¿se puede saber qué es lo que ha hecho? Además de secuestrar mujeres indefensas y obligarlas a caminar veinte millas.

—Una mujer —dijo él sacando la petaca del *whisky* y echándole un trago.

—¿Cómo dice? —No comprendía. ¿Se refería a que la culpa de todo la había tenido una mujer? El bien enterrado corazón romántico de Felicity se ablandó sensiblemente. Comenzó a imaginar una dramática historia de pasiones y venganza. Bien mirado, nadie negaría que Tom era un hombre muy atractivo, incluso desaseado y mal



encarado. Afeitado y bien vestido tenía que ser del todo irresistible. Por su mente pasó una visión de Tom con traje y corbata de lazo, guiando un coche de caballos rumbo a los oficios dominicales, también se vio sentada a su lado en el pescante. Lo rechazó tan rápido que casi se convenció de que no lo había imaginado.

Quizá no era un mal hombre. Quizá se había visto forzado a tomar un mal camino por culpa de alguna mujer realmente malvada.

—Digo —respondió él dedicándole una sonrisa socarrona—, que no

secuestro mujeres indefensas, solo he secuestrado a *una* mujer.

Felicity enrojeció. Solo a ella se le ocurría inventar historias lacrimógenas y compasivas. Siempre se había tomado por una persona inteligente, sensata y responsable, perfectamente capacitada para cuidar de sí misma, y que no se dejaba embaucar por el primero que pasaba. Y sin embargo aquel hombre jugaba con ella y sus convicciones sin la menor consideración.

Recompuso su maltrecha dignidad. No estaba allí por gusto ni para hacer amigos. No pensaba darle confianzas

que transmitiesen una impresión equivocada.

—Es un acto inicuo y confío en que tendrá su justo castigo.

Él alzó las cejas ante aquella demostración de suficiencia.

—Ya lo está teniendo, créame.

Le escoció, pero volvió a repetirse que hacía lo correcto. Echó a andar con aire digno, aunque era difícil caminando entre rocas y cantos puntiagudos.

—¿Y no quiere saber por qué me buscan?

Sonó como la pregunta de la serpiente. Imposible resistirse. Se

detuvo y lo encaró.

—¿Por qué lo buscan? —preguntó con su actitud más severa. No lo hacía adrede. Le ocurría a menudo incluso en las circunstancias más cotidianas. Felicity se daba cuenta de que resultaba más bien repelente. Aquel tono de hija del pastor. Pero la costumbre era más fuerte y si había alguna ocasión en que estuviese justificado...

—Robé un banco.

Lo dijo muy serio y a Felicity le gustó el modo, no como quien alardea sino como quien reconoce un error. Ni por un momento se le ocurrió que

estuviese mintiendo, y también pensó que dentro de lo malo... No es que aprobase el robo de bancos, pero era mucho mejor que un...

—Y también estuve a punto de matar a un hombre.

Su razonamiento interior se derrumbó. No había nada peor que matar a un ser humano. Nadie tenía derecho a arrebatarse otra vida. Otras cosas podían repararse, pero contra aquello no había argumento posible.

Tom advirtió su decepción. Era patente en sus ojos. Con aquella luz fuerte pero ya matizada de la tarde

parecían más grises que verdes. Los mechones rojizos se escapaban sin control enmarcándole el rostro serio y honesto. Era mucho peor que cuando estaba enfadada o se hacía la ofendida. Solo llevaban juntos unas cuantas horas, pero ya la iba conociendo. No quería que lo mirase de aquel modo, por eso se justificó con el mismo argumento que usaba cada noche.

—Él iba a matarme a mí.

—Oh —musitó Felicity con una patente confusión en su rostro. ¿Podía la legítima defensa considerarse un atenuante? Tenía que meditar sobre ello

— ¿Por qué iba a matarle?

— Para cobrar la recompensa. Vivo o muerto, ya sabe.

Algunos hombres se dedicaban a eso: a buscar fugitivos y ejecutarlos sin piedad, incluso por la espalda. La gente solía decir: algo habrá hecho, pero Felicity no podía aprobarlo. Solo Uno tenía derecho a juzgar.

— Los periódicos dijeron que se salvó porque la bala le atravesó el costado, pero no afectó a ningún órgano vital. — Cuando lo leyó se sintió aliviado, como si aún tuviese alguna oportunidad, después se enteró de lo de

Fort Gibson—. Pero no tuve nada que ver con el asalto a la diligencia en la que murieron dos hombres y también me buscan por eso. Lowell pretende endosarme los muertos.

Por alguna razón que no trató de entender, no se le ocurrió dudar de que estuviese siendo sincero.

—Lo siento. Es muy injusto.

—Así es la vida. Se empeña en darte más de lo que le pides —dijo irónico, pero sin ocultar su resquemor.

Otra nueva idea comenzó a forjarse en su mente. Quizá había una razón para que aquello hubiese ocurrido. Tal vez



era su destino ayudar a aquel hombre descarriado a volver al camino correcto. Quizá Tom necesitase de su intermediación. Solo un pequeño empujón antes de que cada cual siguiera su camino.

—¿Qué está pensando? —dijo mirándola con desconfianza. No le gustaba aquel gesto.

—Nada. Nada —repitió muy tiesa—. Deberíamos darnos prisa. No querrá que los hombres del *sheriff* le encuentren a campo descubierto.

Y sin esperar respuesta, comenzó a andar. Tom se ajustó el sombrero, la

alcanzó de dos zancadas y caminó a su diestra, ajustando sus pasos a los de ella.

Qué demonios. Le gustaba Felicity McIntyre.

El viento había ido amainando. Era más agradable caminar así. Podía ser verdaderamente terrible en ocasiones. Tornados, tormentas de polvo... A Tom no le habría sorprendido que la furia de los elementos se hubiese vuelto contra él. Cuando tenía el rancho más de una vez perdió el trabajo de muchos meses a causa de uno de aquellos desastres. Era una tierra hostil aquella, engañosa, te

prometía lo mejor y, cuando menos lo esperabas, te lo arrebataba.

—Deténgase.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Habían llegado a lo alto de una loma. Miró en la misma dirección que Tom e incluso ella los distinguió. Un grupo numeroso de jinetes. Y estaban muy cerca.

También creyó ver —y sentir— todos y cada uno de los músculos de Tom poniéndose en tensión. Él se giró con rapidez y la miró de aquel modo que le ponía el vello de punta. Parecía que iba a saltar sobre ella de un momento a otro.

—¡No gritaré! —dijo Felicity que adivinó sus intenciones y ya se veía otra vez amordazada y apresada—. No gritaré, lo juro —repitió en voz más baja a la vez que alzaba la mano para dar más fuerza a su promesa.

Tom trató de pensar rápido. Era una locura fiarse de aquella mujer. ¿Por qué motivo no iba a alertar a los jinetes? Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Darle un golpe en la cabeza y dejarla inconsciente?

—No lo haré. Tiene mi palabra — insistió Felicity.

Aun en aquella situación

desesperada, Tom no pudo evitar fijarse en las pecas que salpicaban su rostro y le daban un aire de niña aplicada y buena. El aspecto de alguien en quien se podía confiar.

Maldijo entre dientes.

—¡Agáchese! Nos quedaremos aquí escondidos hasta que pasen.

Le tiró de la mano y la llevó al suelo junto con él con muy poca delicadeza. Resguardados apenas por un ligero desnivel del terreno, con las hierbas y la maleza como única protección. Sus cuerpos tan pegados que parte del de Felicity quedaba bajo el de Tom. Lo

primero que pensó fue que aquello no era nada decoroso, lo segundo que era un hombre realmente fuerte y que su cuerpo era igual de duro y musculoso por todos sus extremos.

Los jinetes avanzaban aprisa y, a juzgar por su rumbo, pasarían a poca distancia de donde se encontraban.

Si se ponía en pie y gritaba, la oirían, aunque Tom tratase de impedirlo sería suficiente para llamar la atención.

—¿Qué ocurrirá si le cogen? —dijo muy despacio, sin despegar la mejilla de aquel terreno áspero e irregular.

El brazo de Tom se tensó sobre su

espalda. La mantenía pegada contra el suelo, su mano muy cerca de la nuca.

—Me ahorcarán —respondió entre dientes.

Los hombres estaban ya muy cerca. Eran seis, y a pesar de no tener sus gafas, Felicity creyó reconocer a alguno de ellos. Empleados de Lou Harris, el mayor rancharo de Carsons, hombres formales y trabajadores. Era amiga de sus esposas.

Sería una opción razonable. La más razonable, sin duda. La mejor. Si gritaba, todo volvería a la normalidad, la llevarían de vuelta a su casa,

continuaría con su vida. Lo que ocurriese con Tom no sería cosa suya. No era su responsabilidad.

Él se aferraba al rifle y lo mantenía pegado junto a su cuerpo, pero ellos también irían armados y eran seis.

—No gritaré —susurró Felicity.

La presión con la que la sujetaba aflojó un poco. Muy poco, pero lo suficiente para que lo notase. Los hombres cruzaron frente a ellos. Pasaron de largo. Felicity supo que había perdido la oportunidad y no lo lamentó.

Él retiró la mano de su nuca, pero seguían estando muy juntos. Más juntos



de lo que había estado nunca de un hombre, aparte del mismo Tom.

—Gracias por no entregarme.

Sus ojos ya no mostraban aquel brillo de animal acorralado y no la retenía. Podría haberse apartado en cualquier momento.

—No quiero que lo maten —respondió con sencillez.

La tarde había continuado cayendo. La luz era cada vez más dorada. Los cascos de los caballos ya no se oían. El viento se los llevaba lejos. Podrían haber sido una pareja cualquiera que sale a dar un paseo antes de que termine

el día. Podían de alguna manera haber acabado en el suelo y estar a punto de besarse.

No un beso robado, ni prestado por obligación, sino algo que se da y se recibe por la más elemental necesidad de hacerlo, porque tanto ella como él lo deseasen con la misma fuerza.

—Felicity, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿Qué pregunta? —dijo ella y estaban tan cerca que, si lo miraba a los ojos, se veía reflejada en ellos.

—Si la besase ahora, ¿tendría su permiso?

Se sintió muy débil. Debía haberse vuelto completamente loca. No solo no había denunciado a Tom, sino que estaba considerando seriamente la posibilidad, más bien el hecho cierto, de aceptar que aquel hombre le gustaba más y más a cada minuto que pasaba a su lado. Era una locura. La utilizaría, le destrozaría el corazón, se burlaría de ella y la dejaría tirada en cualquier momento, cuando menos lo esperase. E incluso si no hacía nada de eso, seguiría siendo un proscrito, un fugado, un hombre reclamado por la justicia. No había ninguna esperanza de futuro.

Pero si la miraba de aquel modo...

—¡Oh, por todos los santos! Lo tiene.

Fue distinto. En lugar del asalto a traición, Tom se acercó despacio y acarició sus labios con suavidad, con dulzura. Como si no hubiese un montón de hombres armados y peligrosos persiguiéndole, como si no tuviera puesto precio a su cabeza y no existiese nada más importante sobre la tierra que besar a Felicity McIntyre. Resultó mucho peor, en el sentido de que, si había tratado de convencerse de que sus sensaciones anteriores habían sido solo fruto de su inexperiencia, de la novedad

de la primera vez, de la emoción del riesgo y la aventura, en aquella ocasión no le quedó la menor duda: era maravilloso que Tom la besase.

Y si ella estaba confundida, Tom lo estaba aún más. Nunca había sido uno de esos hombres que van de mujer en mujer, pero tampoco era un cachorro inexperto. Cuando vivía en Cork, tuvo una novia formal. Era una chica decente. Siempre le gustaron las buenas chicas. Tom hacía las cosas en serio, no por pasar el rato. Le robó unos cuantos besos, pero no resultó bien. Molly se escandalizaba y le rehuía. Cuando le

dijo que se iba a América ella le preguntó si le escribiría. Le contestó que mejor no lo esperara.

Y luego estaban las otras. Las mujeres fáciles, acostumbradas a provocar y a regalar favores y sonrisas, o a prestarlos por un precio módico. Tom se había dejado querer. Siempre trató de ser amable. No quería ser uno de esos tipos que causan problemas. Tampoco de los que creaban y luego destrozaban ilusiones. Se marchaba antes de que pudieran encariñarse con él. O él de ellas.

Pero Felicity le atraía de un modo

distinto a cualquiera de las que hubo antes. Le gustaba de verdad y, aunque fuese una locura, quería que ella sintiese lo mismo por él. Y si para eso tenía que besarla hasta que se derritiese como cera al sol, lo haría. Vaya si la derretiría.

Felicity ya estaba medio derretida. Los labios habían dejado paso a la lengua, y las manos de Tom terminaban de soltarle lo poco que las horquillas sujetaban de su cabello. No quería hacerlo. No debía. No sabría. Se avergonzaría. Se arrepentiría.

Lo hizo. Se abrazó a su cuello y le

devolvió los besos sin tener la menor idea de cómo debía ser, pero dejando que actuara su corazón y su instinto. Y ambas cosas le decían que aquello era correcto.

Era tan íntimo, tan personal, algo solo entre ellos dos, donde ambos tomaban y se ofrecían justo lo que necesitaban: cariño, calor, entrega.

Aunque también acertó al pensar que se arrepentiría. Tan pronto como lo que tardó Tom en reaccionar a su arrebatado apasionado. La abrazó con fuerza a la vez que profundizaba en el beso, y Felicity le sintió tan duro... Por tantas



partes... Se asustó.

—¡Espere! —exclamó tratando de apartarse lo poco que le permitían los brazos de Tom. Echó la cabeza hacia atrás y fue peor porque él bajó a su cuello y comenzó a mordisquearlo. Felicity gritó.

Tom se apartó alarmado.

—¿Le he hecho daño? —preguntó inquieto, pero ella lo estaba más aún.

Se incorporó y se sacudió el vestido para arrancarse las hojas y las ramitas que se habían quedado pegadas, pero sobre todo para tratar de calmar sus nervios.

—Está mal. Está muy mal —gimió—. Esto. Lo que acabamos de hacer. No pretendo culparle únicamente a usted —se apresuró a decir—, pero debo pedirle, ¡no!, debo exigirle que se comporte como... —dudó buscando la palabra— como un hombre cabal.

Él también se levantó y se puso a su altura. En realidad, a más altura. Y no estaba de buen humor, como apreció enseguida Felicity.

—Así que cabal... Recuérdelo la próxima vez que me dé su permiso para que la bese. No soy un hombre cabal. Soy un fugitivo. Un criminal.

Tenía otra vez la expresión con la que salía retratado en los pasquines de la oficina del *sheriff*, pero más que asustada, Felicity se sintió triste.

—Sigamos —dijo desabrido—. Todavía quedan un par de horas de luz. No pienso malgastarlas.

Le dio la espalda y echó a andar sin esperarla.

—No habrá más veces, ¿me oye? No pienso darle más permisos.

—No pienso volver a pedírselo.

Cada vez estaba más lejos y ella continuaba quieta. Esperó un buen rato, pero Tom no volvió la vista atrás.

Felicity se rindió y echó a andar tras él. Esperaba que, entre sus otros defectos, se encontrase también el de levantar falso testimonio. Al fin y al cabo, también ella comenzaba a descubrir lo fácil que era deslizarse hacia el lado incorrecto. Solo había que dar con la tentación adecuada.

«Un poco más, solo un poco más», se dijo para sí. La tarde estaba ya casi extinguida, igual que las fuerzas de Felicity. Cada vez le pesaban más el cansancio, el hambre y la sed. No había comido nada desde el pan con manteca del desayuno. Solo había bebido el *whisky*. Al principio era una molestia que se esforzó en desechar. Tenía otros problemas más graves, pero ahora el agujero en el estómago, la sequedad en la garganta y los pinchazos en la espalda

y los pies eran constantes.

Tom la miró de reojo. Su enfado apaciguado. Un enfado que, por otra parte, era más consigo mismo que con ella. Se sentía culpable —de hecho, lo era— por conducirla a aquella situación y por pensar en posibilidades que no podían ser. Quizá si la hubiese conocido un par de meses atrás... Ya no valía lamentarse.

—¿Ve aquellos matorrales? Están mucho más verdes que el resto. Juraría que es un manantial. Podremos refrescarnos y beber, y es un lugar tan bueno como cualquier otro para pasar la

noche. Mañana madrugaremos y en tres o cuatro horas estaremos en Tulsa.

Felicity estaba demasiado agotada para oponer alguna objeción. Si no hubiese sido porque su fuerza de voluntad rayaba en altura con su testarudez, se habría sentado allí mismo y no habría avanzado un paso más.

—También puede quedarse aquí. Iré a comprobarlo y la avisaré si no merece la pena. —Sentía el impulso de ser amable con ella, pero no acababa de conseguirlo.

—Estoy bien. Puedo hacerlo.

—La jornada de mañana no será tan

dura. Ya hemos recorrido la mayor parte del camino. ¿Ve aquellas lomas rojizas? Es Tulsa. ¿Será capaz de volver a su casa desde allí?

—Mi padre tenía amistad con uno de los pastores de nuestra congregación: el reverendo Colleens. Recuerdo haber estado en su casa de visita. Le pediré ayuda y no me la negará.

Tom la miró y le pareció que estaba demasiado pálida. Más de lo habitual. Se inquietó.

—¿Está segura de que se encuentra bien?

—Perfectamente —dijo apretando



los dientes.

Era solo que aquel recuerdo le había hecho añorar los tiempos en los que tenía una familia. Se había acostumbrado a salir adelante. No la asustaba el trabajo duro ni las dificultades. Por más que su padre fuese pastor —de hombres, que no de ovejas— y no granjero o aserrador, había inculcado a sus hijos la mala conciencia ante el hecho de estar ociosos o dejarse abatir por la adversidad. Luego su hermano Jesse murió, y sus padres también, con días de diferencia. Fue un golpe devastador. Su padre era rígido y

distante, a su madre la habían cortado con el mismo patrón, pero los quería y se sentía querida a pesar de su reserva y muy unida al pequeño Jesse. Le sacaba diez años y le mimaba y consentía todo lo que podía. Cuando el tifus se llevó a los tres y la respetó a ella, se abrazó a la fe en la que la habían educado porque necesitaba creer que el mundo tenía algún sentido. Todos en Carsons apreciaban a su familia, le echaron una mano y le permitieron ciertas libertades. Felicity hacía cosas que no habrían estado bien vistas en otras mujeres. Tampoco había nadie que se lo

impidiese y su moralidad estaba fuera de dudas. Había pasado por un montón de pruebas y las había superado. También superaría aquella.

Todo eran sombras cuando alcanzaron su meta. Tom se adelantó y comprobó satisfecho que el agua manaba limpia de entre los peñascos y se remansaba en una pequeña charca.

—Es buena —dijo probándola.

Felicity se arrodilló y bebió haciendo cuenco con las palmas hasta saciarse. Era una delicia. No había nada que pudiera compararse a aquella sensación. Con razón era uno de los mandatos

bíblicos: dad de beber al sediento. Cuando calmó la sed, se lavó el rostro y se mojó la nuca y el cuello.

Disfrutaba de aquel pequeño alivio hasta que vio que Tom la estaba mirando.

Y cómo la miraba.

Se le puso la piel de gallina y no supo si la extraña sensación que recorrió su espina dorsal era temor o alguna otra cosa: un oscuro deseo de que siguiese mirándola del mismo modo, de enjugar un pañuelo en el agua y deslizarlo por su piel, de limpiar el polvo y el sudor pegajoso que la

acompañaba y hacerlo mientras él la observaba.

Fue una suerte que en la oscuridad no se apreciase su turbación. Se levantó con rapidez luchando por desechar aquellas ideas. No sabía de dónde venían. Nunca antes había tenido aquella clase de pensamientos. Claro que nunca antes la habían besado. Quizá ya estaba perdida por completo. En lugar de atraer a Tom al buen camino, era ella la que empezaba a perder el rumbo. También la vanidad era un grave pecado.

—Pasaremos aquí la noche, pero no podemos encender un fuego —dijo Tom,

intentando a su vez obviar la excitación que le había provocado la inocente exhibición de Felicity y centrarse en lo inmediato—. Sería peligroso. Lo verían en la distancia.

—Pero los coyotes... —protestó inquieta.

—No suelen atacar, y menos en esta época. Se alimentan de las reses perdidas y retrasadas de los rebaños.

—¿Entonces permaneceremos a oscuras? ¿Todo el tiempo? —dijo mirando a su alrededor. La inmensidad del espacio abierto y la negrura de la noche que se avecinaba la acobardaron.

Nunca había pasado la noche al raso, y la cercanía de Tom, de quien apenas distinguía ya los rasgos a causa de la oscuridad imperante, no era nada tranquilizadora para su espíritu.

Él recapacitó al comprobar su inquietud. Tal vez podía ceder en eso. No se habían encontrado con más jinetes y Felicity se lo merecía. Había caminado por millas sin rechistar.

—Está bien, usted gana, una hoguera pequeña.

Solo hasta que se quedase dormida. No creía que tardase mucho, incluso sobre aquel suelo de pedernal.

Se puso manos a la obra. Juntó un montón de ramitas y hojarasca y les prendió fuego con la yesca. Felicity respiró aliviada cuando las llamas iluminaron con luz cálida y anaranjada el rostro de Tom.

—Venga, siéntese junto al fuego. Le hará bien.

Se sentó con las piernas dobladas bajo la falda, pero mantuvo la espalda erguida en una postura recatada y correcta, todo lo correcta que permitían las circunstancias. Tom también se acomodó al otro lado de la hoguera, de modo que, cuando Felicity levantó su



vista de las llamas, sus rostros quedaron frente a frente, contemplándose el uno al otro en silencio.

«Si no supiera que está mal», pensó ella.

«Si tan solo pudiera empezar otra vez», pensó él.

—Ha sido un día duro, ¿verdad? — dijo Tom con una sonrisa suave que dio a su rostro un matiz completamente adorable.

Ella tampoco pudo evitar una sonrisa. Había sido el día más absurdo, intenso, emocionante y agotador de sus treinta años de vida. Se alegraba de haber

conocido a Tom. Pasase lo que pasase después. Solo esperaba que saliese bien librado. Estaba convencida de que merecía otra oportunidad. Un hombre que besaba como él no podía ser un malvado. Puede que no tuviese suficiente experiencia para juzgar, pero lo sabía, lo sentía de algún modo. Le había conocido aquella misma mañana y no en las mejores circunstancias, pero no lo veía como a un extraño. Ya no.

—Ha sido un día horrible —dijo, porque no era admisible reconocer que no había estado tan mal—, y he perdido mis gafas. De lejos lo veo todo borroso.

—¿Y de cerca? —preguntó él y su voz y su mirada le hicieron volver a darse cuenta de lo escasa que era la distancia que los separaba y que toda aquella noche la pasarían juntos y demasiado cerca.

—De cerca veo con bastante claridad —dijo tensa como la cuerda de un violín. Había vuelto a ocurrirle. Le salía incluso sin querer.

Tom bajó la vista a las llamas y disimuló otra sonrisa. No le molestaba aquel juego. Había jugado más veces. Avances y retrocesos. Tenías que ofrecer antes si querías obtener algo a cambio.

Le empujaba la necesidad de conquistarla, pero no es que tuviera mucho a lo que recurrir. Si no hubiera perdido sus tierras, si no se hubiesen complicado las cosas, si no hubiera actuado como un completo idiota... Había pasado años luchando por sacar adelante las cosechas, levantando con sus propias manos una casa, dedicando a ello todas sus horas libres. Si hubiese conocido a Felicity tiempo antes habría podido enseñarle la granja y los campos de trigo, los maizales y el cercado nuevo para el ganado. Y si ni con eso hubiese sido suficiente, habría buscado y

buscado hasta descubrir el modo de ablandarla.

De pronto recordó algo, lo había olvidado por completo. No era gran cosa, pero menos da una piedra.

—¿Tiene hambre?

A Felicity le rugió el estómago. ¿Era su revancha? Claro que tenía hambre. Tom abrió el morral que llevaba a la espalda, sacó algo envuelto en papel blanco y se lo tendió.

—Es empanada de carne. La compré esta mañana en Carsons antes de... antes de que nos conociéramos. La mujer que me lo vendió dijo que estaba recién

hecha. Venga, cójalo —insistió al ver que Felicity vacilaba.

—¿La señora Brown? Es una buena cocinera.

—Entonces cómasela.

—Pero es suya.

—Y se la estoy dando —dijo Tom sin ceder ni bajar la mano tendida. Aquello amenazaba con convertirse en otro pulso de voluntades.

Felicity dudó. Tenía hambre de verdad.

—Podríamos compartirlo —propuso con cautela.

—No sé cómo no lo pensé antes —

bromeó él con una sonrisa que robó otro pellizco del corazón de Felicity.

Abrió el envoltorio. Lo partió en dos y le dio el trozo más grande. Felicity tomó el pedazo y, a pesar del hambre atrasada, le fue dando pequeños bocados. Era lo que le habían enseñado: a ser moderada y frugal. Tom la miró comer satisfecho y se zampó su porción en dos envites. Era lo que había aprendido: coge lo que puedas antes de que te lo quiten.

No era mucho, pero les sentó bien a los dos. Todo parecía un poco más en orden. Habían comido, habían bebido,

tenían fuego... Tom lucía relajado, la espalda apoyada contra una roca y las piernas extendidas. Tenía el aspecto de un hombre que ha cumplido con su tarea y se toma un descanso más que merecido.

—Tom...

—¿Sí?

—¿Por qué robó el banco?

Él inclinó la cabeza y ladeó el gesto.

—Me quitaron mis tierras. Las cosechas fueron malas. No tuve suficiente para pagar la hipoteca. Pedí una prórroga y me contestaron que volviese cuando tuviese el dinero. No



me quedé tranquilo, pero pensé que me darían un poco más de tiempo. Un mes más tarde enviaron a un agente de la propiedad para echarme. Me dijo que las tierras ya tenían otro dueño y me enseñó el papel que lo demostraba. No me lo tomé bien.

Cogió su Colt y fue a buscar al director del banco. Le había dedicado cinco años de su vida a esas tierras. Había trabajado como un mulo en ellas. Todo lo que ganaba, excepto unos pocos dólares que enviaba a Irlanda, lo empleaba en pagar la hipoteca. Solo le quedaban doscientos dólares para

liquidarla y había entregado al banco más de dos mil. Les obligó a abrir la caja y entregarle lo que había en ella. Mil novecientos. Tom le dijo al director que estaban en paz. El *sheriff* y el juez de Cushing no lo vieron así.

—¿Y el dinero?

—¿Qué pasa con el dinero? — replicó más brusco.

—¿Qué hizo con él? No es que sea de mi incumbencia —alegó con rapidez—, pero tal vez si lo devolviese, si no lo ha gastado aún, no todo, una parte al menos... —dijo temiendo escuchar la respuesta. El dinero fácil se gastaba

fácil. Era una de las frases favoritas de su padre. Se imaginó a Tom rodeado de mujeres vestidas con bellos y descotados vestidos. Reían, bebían y se besaban. Aquella imagen no solo le hizo sentir mal, además le puso de muy mal humor.

—Lo envié a Irlanda —respondió con sequedad. Una vez pasado el primer arrebató, se dio cuenta de la locura que había cometido, aunque también sabía que, si volviera a ocurrir, otra vez actuaría de igual modo. Tenía demasiado orgullo para entregarse y había perdido la fe en América y en que las cosas

fueran distintas. Era lo mismo que había visto en Irlanda, nacías pobre y morías más pobre aún. Al menos esperaba que aquel dinero sirviese de ayuda a su madre y al resto de sus hermanos.

—Oh —musitó ella conmovida. Quizá era ingenua o se dejaba engañar por el deseo de creer en él, pero no dudó de sus palabras—. Pues no me parece justo que le hayan condenado... que pretendan...

—¿Que quieran ahorcarme? —sonrió. El hecho de ver a Felicity tan apesadumbrada le hizo tratar de quitarle importancia. No le importaba

reconocerlo, a veces, demasiadas veces, actuaba como un completo estúpido—. No fue solo por el asalto al banco, además me resistí a la autoridad, y también está el asunto del cazarrecompensas de Shawnee, por no hablar de lo de Fort Gibson. Para colmo ahora soy un secuestrador de mujeres.

—De una mujer —dijo ella repitiendo su juego de palabras de antes.

Tom soltó una pequeña risa baja y amistosa.

—Tiene razón, de una sola.

—No tiene que preocuparse por eso. Cuando me pregunten, diré que fue usted

amable conmigo, que no me forzó ni... ni hizo nada en contra de mi voluntad.

Tom se quedó mirándola un buen rato. Un rato largo.

—Gracias.

Su mirada y la sencillez de su gesto la conmovieron. No quería que le prendiesen. No quería que le hiciesen daño. Lo que deseaba era refugiarse en su pecho y que le asegurara que todo iría bien.

Pero Felicity no hacía esas cosas, así que se dijo que no debía olvidar quienes eran ni donde estaban y en lugar de imaginar fantasías irrealizables, decidió

recurrir a su lado práctico.

—Creo que tiene razón. Los coyotes no se atreverán a atacarnos. Somos demasiado peligrosos para ellos y además el Señor vela por sus criaturas —dijo tratando de convencerse a sí misma de que no corrían ningún peligro pasando la noche al raso en mitad de la llanura, a merced de los elementos y las alimañas. Comenzó a echar tierra sobre las brasas para apagar la pequeña hoguera. Le preocupaban más los hombres del *sheriff* que los coyotes.

Tom le ayudó a apagar por completo el fuego y, al cabo de poco, lo único que

quedaba era una débil columna de humo que apenas se divisaba en la negrura. La noche era completa, ni siquiera había luna, solo una infinidad de estrellas.

—Deberíamos tratar de dormir — propuso Felicity insegura. Ahora se le ocurría que había apagado esa hoguera demasiado pronto.

—¿Puedo hacerle yo otra pregunta? —En la oscuridad, la voz de Tom sonó cálida y cercana.

—¿Cuál?

—¿Por qué no está casada?

Si hubiese habido luz se habría encogido de hombros. Ella misma se



había hecho esa misma pregunta muchas veces, aunque no en los últimos años. Había asumido que ya no ocurriría y no le molestaba. No más que una ligera irritación. La sospecha de que algo se le escapaba y no sabía qué.

Ahora lo sabía.

—Nunca nadie me lo pidió.

Ni ella puso verdadero interés. Cuando sus padres murieron tenía dieciocho años. El duelo no le dejó pensar en nada más. Se concentró en el trabajo, los diversos trabajos, como enfermera del doctor, como suplente de la señorita Beegun en la escuela,

ayudando a la señora Bancroft con sus pequeños o al anciano señor Wells con las tareas de la casa. Algunos hombres se le acercaron. Felicity fue severa con ellos, sus normas eran rígidas, sus valores estrictos. Desistieron pronto. Algunos supusieron una pequeña desilusión, pero nunca lamentó haber tomado aquella decisión. La de salir adelante sola, sin ayuda de ningún hombre.

—¿Y si yo se lo propusiese?

Le cogió tan de improviso que tuvo que preguntarse a sí misma si había oído bien. ¿A qué creía que estaban jugando?

Él era un hombre perseguido y ella no estaba tan desesperada como para lanzarse a los brazos del primero que se lo pidiera. ¿No lo estaba, verdad? Nunca se había tenido en aquel concepto.

—Es... es... es la mayor locura que he oído jamás. ¿Por qué iba a proponerme en matrimonio? ¿Y por qué iba yo a aceptar?

—Se lo propondría por dos razones. La primera, porque es la mujer más fuerte, valiente, hermosa y testaruda que he conocido a este lado o al otro del océano, y la segunda, porque no tengo

nada que perder.

Otra razón para que no se hubiese casado era que nadie jamás le había declarado algo así. Más bien sus reducidos candidatos a pretendientes objetaban que era obstinada, molesta, impertinente y mojigata. El temor a que se estuviese burlando de ella reapareció, pero lo desterró, no quería pensar en eso. No quería estropear el momento.

—Y en cuanto a por qué razón iba a ser tan poco cuerda de aceptar, reconozco que puede ser un problema, pero déjeme que piense —añadió Tom

tan próximo que sintió el soplo de su aliento sobre su piel—. Podría ser porque le gusta que la bese.

Cuando la estrechó con seguridad y decisión entre sus brazos se sintió completamente incapaz de oponer la menor resistencia. Se dejó besar y se le olvidó que estaban sentados sobre el suelo de tierra, los coyotes, el *sheriff*, el bien, el mal...

Lo más que alcanzó fue a iniciar un leve amago de protesta.

—Pero dijo...

Que él interrumpió antes de seguir besándola.

—Lo que dije fue que no volvería a pedirle permiso.

Felicity le devolvió los besos y los abrazos. Cuando alguien tenía razón, no le importaba reconocerlo.

El *sheriff* Lowell hizo un gesto a sus ayudantes para que guardasen silencio. Habían cabalgado todo el día y seguido varias pistas falsas desde que encontraron los restos abandonados de la carreta. Pero no se había rendido. Si iban a pie, no podían andar muy lejos. Se les hizo de noche buscando y ya iban a abandonar cuando vieron la hoguera en la distancia y se acercaron guiados por su luz.

Habían dejado los caballos atrás.

Llevaban las pistolas en la mano y el dedo en el gatillo. Rafferty era rápido. Había tenido ocasión de comprobarlo. Casi lo tuvo a su alcance en Bilford y también allí les dio esquinazo. Eso hizo que se tomase el asunto como algo personal. Al principio no le había dado importancia. Otro irlandés loco y excitable que lo perdía todo a causa de su mala cabeza. Confiaba en encontrarle antes de que se gastase el dinero en bares y en mujeres. Luego se metieron unos cuantos entrometidos por medio. No es que lamentase lo que le había ocurrido a Lincoln, el tipo que se le



adelantó en Shawnee, pero le sirvió de advertencia. Rafferty era más listo y más peligroso de lo habitual. No iba a darle la oportunidad de que volviera a escapar.

Las llamas se apagaron cuando ya estaban cerca, pero creyó distinguir más de un bulto en el suelo. Sabía que había conservado con él a la mujer. Las huellas eran de dos personas. Era extraño. Ahora que ya no le servía, llevar consigo a la mujer solo le haría retrasarse. Si pensaba que le volvería a servir de protección, se equivocaba. Lowell no se había atrevido a disparar

en un bar lleno de testigos, pero en plena noche en medio de la llanura... Aquello era algo muy distinto. Más valía que no se metiera de por medio.

Con un gesto indicó a Scott que avanzase por la derecha y a Dan que lo hiciese por la izquierda.

Estaban ya sobre ellos. Sintió la tentación de disparar y evitar riesgos. Pero ni siquiera tenía la certeza de que se tratase de un cuerpo o de dos. Si eran dos estaban muy juntos. Demasiado. «Vaya con Felicity McIntyre», pensó Lowell. Quizá también quisiese hacerle compañía en prisión. Hasta que le

colgasen de una soga. Lowell se apuntaría el tanto con Petersen, el principal accionista del banco, alguien a quien convenía tener contento. En cambio, Rafferty no tenía muchos amigos. Apenas se había dejado ver por Cushing más que para comprar provisiones y herramientas. El escarmiento serviría de advertencia. No se podía jugar con la justicia ni andarse con bromas con el dinero de otros. No sabía cómo sería en Irlanda, pero en Oklahoma se respetaba la propiedad privada.

—No te muevas o será la última vez

que lo hagas —dijo apoyando el revólver contra lo que estaba casi completamente seguro de que era una cabeza.

Sus hombres también amartillaron sus Colts. Un grito de mujer rompió el silencio de la noche y quebró los nervios ya tensos de los representantes de la ley y el orden.

—¡Ya es mío! —gritó Dan cayendo sobre su presa. Lowell maldijo. No veía un carajo. Tenía que haber disparado a los dos bultos y terminar con aquello. La mujer seguía gritando. Lowell no sabía quién era su ayudante y quién el fugitivo.

Ese maldito muchacho... Dan era ambicioso y un día de estos esa ambición sería su ruina—. ¡Lo tengo! — exclamó a la vez que se escuchaba el característico clic de las esposas.

—Pero ¡qué diablos...! —gruñó una voz que Lowell no identificó.

Un asno empezó a rebuznar, la mujer no dejaba de gritar. Scott se acercó a ella tratando de calmarla y los alaridos se convirtieron en aullidos de puro pánico animal. Lowell comenzó a temerse lo peor.

Un disparo sonó ensordecedor y después se hizo un silencio absoluto.

El *sheriff* no lamentó perder una bala disparando al aire. No podía pensar con ruido. Necesitaba calma.

—Al primero que pronuncie una sola palabra, le dispararé. Scott, enciende la linterna.

El ayudante prendió la mecha y el brillo incandescente del gas los deslumbró antes de que se vieran las caras.

Una mujer madura de largas trenzas negras y rasgos y ropas indias, un hombre de unos cincuenta años, con aspecto de trampero, pelo gris y grande bigotes lacios. La mula y el resto de sus

pertenencias estaban a unos pocos metros. Los restos de la hoguera que habían encendido para preparar su cena aún humeaban.

En lugar de disculparse, Lowell se dirigió a ellos de malos modos.

—¿Quiénes son y qué demonios están haciendo aquí?

—Yo soy Dick Duncan y ella es Sally Nube Ligera. Es mi esposa, estamos de paso hacia el este, para visitar a su familia. ¿Y por qué tengo que explicarle a dónde nos dirigimos? Estamos en un país libre por si aún no se ha enterado.

El *sheriff* maldijo su suerte.

—¡Scott, quítale las esposas!

—Tranquila, cariño. Ya se marchan —dijo el hombre cuando Scott le liberó, rodeando con un brazo protector la espalda de su esposa. Ya no gritaba, pero aún estaba rígida y alterada. Sally Nube Ligera no había tenido buenas experiencias en sus anteriores encuentros con las fuerzas de la ley.

—Vámonos —ordenó Lowell a sus hombres—. Acamparemos en otro sitio. Dan, tú harás la primera guardia.

Su ayudante no se atrevió a protestar. Hicieron su propio fuego a una distancia más que prudencial. Lowell se cubrió el



rostro con el sombrero y se dispuso a dormir mal y poco. En cuanto amaneciese pensaba volver a retomar el rastro. No era de los que se daban por vencidos y le costaba olvidar las humillaciones.

Tom despertó cuando el alba aún conservaba ese tono gris e inseguro con el que la noche se resiste a dejar paso al día. Felicity dormía en sus brazos y lo único que tenían para resguardarse del frío de la madrugada era su pelliza. Recordaba que ella había tratado de protestar, incluso sostuvo que se encontraba perfectamente y que no sentía ni siquiera un poco de fresco, pero él se había mostrado firme y no había cedido ni un palmo de terreno. Habían pasado

toda la noche pegados el uno al otro.

Su pelo era un revuelto nido de pájaros. Las pecas destacaban contra el tono lechoso de su piel. Era testaruda y obcecada, era impertinente y moralista, y era la mujer junto a la que Tom deseaba despertarse cada mañana. Algunas cosas eran así de sencillas. Simplemente se sabían. Estaban solos en medio de la inmensidad, con el cielo como único refugio, y no le cabía la menor duda respecto a lo que sentía.

Resistió el deseo de besarla en la punta de la nariz, luego en la mejilla, en la comisura de los labios, en la boca

entera a la vez que la estrechaba fuerte muy fuerte contra sí, solo porque no quería despertarla. Era lo que se hacía con las personas que importaban, era lo que había visto en su casa. Cuando querías a alguien, te ocupabas de él, lo cuidabas, te asegurabas de procurarle lo mejor que estaba a tu alcance. Quizá no hicieran falta lujos, y seguro que sobrevendrían tiempos difíciles, pero todo era más sencillo cuando tenías alguien con quien compartir tanto las alegrías como las dificultades.

Ella se encogió contra él en sueños, buscando cobijo contra el relente

matutino. El cuerpo de Tom reaccionó ante aquel roce y sonrió complacido por el contacto, aunque a la vez se esforzó por controlar el insistente brote de deseo que despertaba en él. Se había comportado como un caballero, o dicho en las palabras de Felicity, como un hombre cabal, como el hombre que Tom imaginaba que le gustaría que fuera. Había besado sus labios tímidos y reticentes hasta transformarlos en húmedos y plenos, había amagado con morder su garganta y probar a que sabía, pero no lo había hecho porque ella temblaba y se alteraba solo con que

rozase aquella piel tan fina y suave de su cuello. Le había impuesto la cercanía de su cuerpo y le había garantizado, asegurado y jurado una y otra vez que lo único que pretendía al hacerlo era darle un poco de calor y evitar que pescara un enfriamiento, aunque era mentira y el viento que se levantó cerca de la media noche era más cálido que frío, pero Felicity cedió como si le creyera y a él le hizo bien sentirse como un hombre cualquiera que por fin ha encontrado a la mujer que espera y no quiere asustarla, no quiere cometer un error y perderla.

Hablando de errores... Tom frunció el

ceño. En realidad, ya había cometido equivocaciones en número más que considerable. ¿Importaba mucho uno más? La víspera le había pedido como si tal cosa que se casara con él. Había sido un impulso fruto del momento. Después de todo, ¿qué tenía que perder? Su único plan consistía en salir del estado. Perder la pista a los hombres del *sheriff* Lowell y al resto de cazarrecompensas y tratar de empezar de cero. En el mejor de los casos, si lo conseguía, tendría siempre aquella condena colgando sobre su cabeza. La posibilidad de que un tiro por la espalda

llegase en el momento en el que menos lo esperaba. ¿Era eso lo que iba a ofrecerle a Felicity? ¿La dudosa ventaja de convertirla en viuda casi tan pronto como estuviese casada?

Volvió a experimentar el impulso de acariciar su mejilla. Cada vez había más luz y las líneas que imprimían el carácter decidido y obcecado de su rostro se perfilaban nítidas en los pómulos y la barbilla. ¿Sería capaz esa mujer a la que había conocido tan solo el día antes de hacer aquella locura por él? ¿Podría él convencerla? ¿Era honesto intentarlo o sería una más de las



cosas de las que tendría que arrepentirse?

Otro ligero escalofrío estremeció a Felicity. Tom no se resistió. La estrechó más fuerte y le acarició los brazos y la espalda. La tenía helada.

El sueño era un hilo delgado del que no quería desprenderse. Agradeció aquella ola cálida, pero su mismo efecto bienhechor acabó de despertarla. Abrió los ojos y lo primero que vio fue la sonrisa y el curtido —y necesitado de un afeitado— rostro de Tom. Cerca. Muy, muy cerca, tan cerca que apenas le dio tiempo a abrir la boca cuando él se la

cerró con un beso. Con todo, protestó y trató de detenerle, o al menos de no alentarle, pero fue inútil, enseguida recordó por qué una y otra vez había acabado cediendo

—¿Has dormido bien? —preguntó Tom, cuando estuvo seguro de que ya no opondría la menor resistencia.

Felicity necesitó un par de segundos para reunir fuerzas. Tomar aliento, abrir los ojos, cualquiera de las dos opciones le parecía un esfuerzo inmenso. Pero tenía su orgullo, ¿no era así? No podía dejar que Tom supiera que causaba aquel devastador efecto sobre ella.

—Bien, muy bien, pero ¿le importaría... quiero decir, te importaría dejar de abrazarme de este modo? No creo que sea nada correcto...

Estaba muy sonrojada. Tom compuso una expresión de forzada seriedad. Felicity sospechó, más bien tuvo la absoluta certeza de que se estaba burlando de ella y aquello la martirizó más. No se le pasaba por alto que la noche anterior no es que hubiese sido muy enérgica y Tom le había hecho algunas cosas que... El recuerdo de la noche pasada y de su actuación durante ella le hizo sufrir una vez más. No, no

estaba orgullosa de su actitud, pero ahora comenzaba un nuevo día y que la noche antes hubiese actuado con un poco de ligereza —está bien, con mucha ligereza—, no era justificación para volver a comportarse del mismo modo.

—Estás muy guapa cuando te enfadas —aseguró él sin renunciar a abrazarla.

—Bien, Tom Rafferty, pues si no me sueltas ahora mismo, te aseguro que me vas a ver muy enfadada —replicó ella con lo que consideró que era su tono más enérgico y, si él no le hubiese impedido hacer cualquier movimiento, incluso habría puesto los brazos en

jarras, aunque seguro que al estar tumbada sobre el suelo el efecto no habría sido el mismo.

Él volvió a dirigirle una sonrisa, mitad de disculpa, mitad traviesa, a la vez que la soltaba y levantaba las manos, haciendo como si se rindiera. Felicity aprovechó su libertad y se incorporó apresurada antes de que él cambiase de idea, y pretendiera besarla de nuevo. O quién sabe qué otra ocurrencia peor.

Tom también se desperezó. Fue bonito mientras duró, pero era hora de volver a la realidad. Les quedaba un

largo camino por delante y no tenían comida ni caballos ni perspectiva de encontrarlos hasta llegar a Tulsa. Una vez allí se despediría de Felicity. Esperaba que al menos le recordase con cariño. Él lo haría.

—¿Lista para caminar un poco más?

Felicity asintió mientras trataba de poner un poco de orden en el pelo. No quería ni imaginar cómo se vería y, sin embargo, él no dejaba de contemplarla con esa otra sonrisa amable que casi le daba aspecto de hombre honrado y no de salteador de caminos, y que le hacía sentir bonita —sí, eso era, bonita,

admirada, querida— y que la turbaba todavía más que su mirada de huido de la justicia.

—Qué remedio... —murmuró volviéndole el rostro. Aún no estaba acostumbrada a aquella nueva intimidad que se había establecido entre los dos y sentía que, si la abrazaba, no habría manera de que quisiera volver a soltarse.

El sol había comenzado a aparecer en el horizonte. Siempre era un espectáculo hermoso, más aún en plena llanura. Era inevitable que la vista se dirigiese hacia aquel radiante amanecer que parecía

presagiar un nuevo día lleno de luminosas promesas. Felicity se volvió hacia Tom y echó de menos el contacto que acababa de rehuir. También él tenía la mirada perdida en aquel deslumbrante fulgor. De pronto, su expresión cambió en uno de esos bruscos giros que sobresaltaban a Felicity. Se puso rígido y su mano se crispó alrededor del fusil.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo Felicity volviéndose en la misma dirección. Forzó la vista tanto como pudo, pero no distinguió nada extraño. Echaba de menos sus gafas y el sol la deslumbraba.

—Quédese aquí y no se le ocurra



moveirse —dijo con brusquedad echando a andar. Y que la llamase de usted la inquietó aún más.

—Pero... pero —protestó ella sin saber si debía detenerle ni cómo hacerlo —. ¡Tom! —llamó yendo tras él.

—¡Quédese ahí!

Su expresión era tan intimidante que la detuvo en seco. Se quedó junto a las rocas y el pequeño manantial. Estaba desconcertada, realmente inquieta, no quería que sufriera ningún daño ni que se metiera en más problemas. No comprendía nada. No veía nada que hubiera provocado aquello. No sabía

qué pretendía. Solo le veía caminar cada vez más y más lejos.

Quizá iba a dejarla sola.

Felicity se acobardó. Sola y perdida en medio de la llanura. Abandonada por Tom después de todos aquellos besos y de los roces tan íntimos, tan suaves, de la manera en que la había protegido del frío y había adaptado su cuerpo al de ella. Trató de ignorar la desolación que la invadió, pero fue inútil.

Le pareció que se detenía allá en la distancia. Oyó un silbido largo y nítido y luego nada. Se sentía confusa, no entendía qué estaba pasando. Tom

repitió aquel sonido. Entonces por fin creyó distinguir una silueta familiar. Un caballo se acercaba reticente, pero fiel a la llamada de Tom.

Tenía silla y avíos, pero ningún jinete. Tom montó sin que el animal hiciese ningún movimiento extraño. Le azuzó y cabalgó de regreso a un trote suave y corto. Se detuvo junto a ella, se echó el sombrero hacia atrás y le dirigió una deslumbrante sonrisa.

—Manzanita, es nuestro día de suerte.

—¡¿Qué es eso de manzanita?! — clamó al cielo Felicity, porque si ya era

más alto que ella, subido al caballo, no digamos.

—Una pequeña manzana —dijo él descabalgando—, y él es Will. Acabamos de conocernos, pero creo que haremos buenas migas. Por un momento pensé que podría tratarse de una emboscada, pero estaba solo. Debe haberse perdido o escapado de su dueño. ¿Qué pasa, Will, no te trataban bien? —dijo acariciándole la testuz.

—Me refiero a por qué razón me has llamado así, y también te digo algo más, no vuelvas a darme estos sustos de muerte, pensé... pensé...

Tom se fijó en ella, en su nerviosismo y su confusión.

—¿Qué pensaste? —dijo cogiéndola por la barbilla y alzándosela para que sus rostros quedasen frente a frente.

—Nada —dijo ella demasiado ocupada en mirarle a los ojos para recordarlo.

—Entonces responderé a tu pregunta, manzana porque eres dulce y un poco ácida, y a veces te sonrojas y es cuando más me gustaría morderte.

Felicity volvió a sonrojarse y a sentir unas inmensas ganas de que la besara, incluso de que la mordiera. Aunque cada

vez que sentía sus dientes dispuestos a arañarla, aunque fuese un poco —y los había sentido varias veces: en el cuello, en el lóbulo de la oreja, en los labios—, se ponía muy muy nerviosa y se debatía entre el deseo de salir huyendo y el de que apretase de verdad. No que le hiciese daño, eso no, solo que no la dejase escapar.

Pero en lugar de decirle eso, recurrió a su sentido práctico.

—Te burlas de mí. Tienes que pensar que soy muy tonta.

—Jamás me he burlado de ti. —Y su rostro se ensombreció tanto que Felicity

se arrepintió en el acto de haber pronunciado aquellas palabras.

—Entonces dime, lo que dijiste anoche, lo de que nos casáramos, ¿iba en serio?

Él la miró aún más grave si cabe.

—Hay una orden de caza y captura contra mí vivo o muerto, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé —dijo ella con su mirada miope pero limpia haciéndole cara.

—¿Y correrías el riesgo? —preguntó con una ternura que Felicity ya había comenzado a entrever e intuía que era

aún más peligrosa que sus maneras más descaradas.

—Aún no he dicho que sí —se defendió y se puso más rígida, tratando de frenar un inminente acercamiento—. Solo me gustaría saber si la propuesta iba en serio.

Tom no se lo pensó dos veces. Qué demonios, puede que fuese una locura, puede que no llegase a ver amanecer otro día, puede que tuviese que salir huyendo y sus caminos tomaran rumbos distintos y jamás volviese a ver a Felicity McIntyre. Puede, pero también era posible que ocurriese de otra



manera.

—Iba completamente en serio. Si estás dispuesta, buscaremos a un pastor en Tulsa y nos casaremos hoy mismo.

Felicity guardó silencio. Los labios fruncidos, los ojos verdes aún perdidos y desconcertados sin las gafas, la expresión madura y serena, el pelo apenas presentable, pero guardando un poco las formas gracias a las horquillas.

—Lo pensaré —dijo por fin.

Tom frunció el ceño. Por alguna extraña razón, y pese a lo descabellado que pudiese resultar, por un segundo estuvo convencido de que diría que sí. Y

no le gustó nada aquel aplazamiento.

—¿Y cuándo cree usted, señorita McIntyre, que tendré una respuesta? No es que quiera meterle prisa, pero comprenderá que no tengo todo el tiempo del mundo.

Ella ignoró su sarcasmo.

—En cuanto tome una decisión.

—¿Y eso será?

—No tengo la menor idea.

Tom ahogó una maldición.

Ahora recordaba por qué había permanecido soltero todos aquellos años.

El despertar del *sheriff* Lowell no fue tan idílico. Roncaba a pierna suelta cuando Dan dio la voz de alarma.

—¡Los caballos! ¡No están los caballos!

Se desperezó confuso y anquilosado. Había sido una mala noche. Los años no pasaban en balde, ya no era un jovencito como Dan o Scott. Había perdido la costumbre de dormir de cualquier manera y en cualquier parte y echaba de menos su cama y la compañía cálida de alguna de las chicas que Mysty le mandaba cada noche para tenerle contento y que no apareciera por su

establecimiento más de la cuenta. Ya le evitaba ella el viaje.

—¡Maldita sea! —dijo mirando en todas las direcciones con la esperanza de que no estuviesen demasiado lejos—. ¿Quién se ocupó de ellos?

—Fui yo, señor —dijo Scott desconcertado—, pero los dejé atados. Estoy seguro. Además, Daltry no se iría sin mí. No a no ser que le obligasen.

El pesar de Scott por la pérdida de su caballo era real, y aunque habría querido tener a alguien a quien culpar, Lowell confiaba en Scott. Era más cuidadoso que Dan y menos impulsivo.

Además, tenía razón: adoraba a su caballo y el caballo lo adoraba a él. No era normal que las tres monturas se hubiesen esfumado así como así. Una sospecha cruzó por su cabeza.

—¡Maldito hijo de...!

El *sheriff* inició una retahíla de insultos que sus hombres soportaron con cara de póquer. Cuando se ponía así lo mejor era no interrumpirle.

—¡Tiene que haber sido ese maldito furtivo con el que tropezamos anoche! ¡Nos la ha jugado! ¿Quién era el encargado de hacer la guardia?

Dan y Scott se miraron entre sí.

—Yo empecé —dijo Dan.

—Y yo seguí —se defendió Scott—, y de madrugada le avisé a usted.

Scott era aún joven y demasiado tímido y respetuoso con la autoridad. No se atrevió a decirle a Lowell que era él quien había preferido seguir durmiendo a hacer guardia, pero el *sheriff* la tomó con ellos igual.

—¡Sois un par de inútiles! ¡No valéis para nada! ¡No me extrañaría que Rafferty estuviese a estas alturas en Nuevo Méjico!

—Quizá aún podamos alcanzarle —dijo Dan—, al trampero me refiero.

—Claro, ¿por qué no? ¿A pie? ¿Corriendo? ¡Se ha quedado con nuestros caballos, idiota!

—No creo que se los haya quedado —dijo Scott que, a diferencia de Dan, usaba la cabeza para algo más que llevar el sombrero—. Llamaría la atención y lo ahorcarían si le cogen con tres caballos robados. Lo más seguro es que solo los haya ahuyentado como represalia. Quizá no estén muy lejos.

Lowell se resistió a dar la razón a Scott. No era tan ambicioso como Dan, pero cualquier día le quitaría el puesto y se lo tendría bien merecido.

—Poneos en marcha y rezad para que aparezcan esos caballos o los descontaré de vuestro sueldo.

Dan y Scott callaron. Era muy injusto. Podían estar sin cobrar meses y meses. Pero cuando Lowell se ponía de malas no había forma de razonar con él y aquel asunto de Tom Rafferty estaba empeorando su humor por momentos.

A unas cuantas millas, Dick Duncan y Sally Nube Ligera se sonreían el uno al otro sentados en la traviesa de su carreta. Ella cantaba una antigua canción kiowa y él fumaba una larga pipa.



No había nada mejor que comenzar el día dando un escarmiento a quien más merecido se lo tenía.

En comparación con Carsons, Tulsa era casi una pequeña ciudad. Tenía estación de tren, un par de hoteles, cinco *saloons* y tres burdeles. Felicity recordaba con emoción sus visitas de niña, siempre acompañada por sus padres y casi siempre para visitar al reverendo Colleens. Las mujeres lucían bonitos y vistosos vestidos y ella se quedaba mirando embobada e incluso volvía la cabeza a su paso.

Desde luego cuando entrase en Tulsa,

si se volvían a mirarla, no sería por su elegancia en el vestir. Su vestido, el mejor que tenía, el de los domingos, estaba hecho una calamidad, no podría recuperarlo por mucho que lo lavase y lo cepillase. Claro que ese era el menor de sus problemas.

Tom sujetó por el freno al caballo y este aminoró la marcha, obediente. Aún no era mediodía. El viaje se había hecho muy corto, montada junto a él, con sus brazos rodeándola para evitar que cayese, aunque el galope corto y constante con el que habían cabalgado hacía que avanzasen rápido, pero sin

que por ello corriese verdadero peligro.

Pensó que se sentiría incómoda, pero la verdad era que estar con Tom le hacía sentir demasiado bien. Felicity estaba perdiendo por momentos la confianza en su propia cordura. En varias ocasiones, durante el trayecto, había intentado vaciar la mente, olvidar las circunstancias y elevar alguna plegaria con el fin de solicitar consejo y claridad de juicio, pero las oraciones se le olvidaban a medio formular y, cuando se quería dar cuenta, se encontraba recordando la noche pasada junto a él, sus besos procaces y enervantes o

suaves y tiernos, las veces en las que ella protestó y le dijo que aquello no estaba bien, y entonces la besó en la mejilla, en la frente, justo en las pestañas, en la punta de la nariz, y cuando más confundida y obnubilada estaba le robó otro beso en los labios que la terminó de atontar.

El calor y el sonrojo la sacaban de su ensueño. Entonces, al regresar a la realidad, sentía su pecho contra su espalda, y veía los músculos tensos y largos de sus antebrazos, la firmeza con la que llevaba las riendas... Trataba de recordar algún pasaje de la Biblia que

le sirviese de orientación en aquellos momentos de prueba, pero los versículos se le mezclaban y confundían unos con otros.

No se reconocía a sí misma. ¿Quién era aquella nueva Felicity y que había ocurrido con la anterior?

—Hemos llegado.

Un cartel de madera despintado se mecía y chirriaba con el viento anunciándolo a todos los viajeros despistados: Tulsa. El tiempo se había agotado. Era hora de despertar del todo. Le diría adiós y buena suerte, y cuando lo viese alejarse en su caballo buscaría

al reverendo Colleens y le pediría ayuda. Él le facilitaría los medios para volver a Carsons. Una vez allí, y tras dejar pasar un tiempo prudente para que Tom pusiera tierra de por medio, iría a la oficina del *sheriff* y le comunicaría que estaba sana y salva y que no había sufrido ningún daño irreparable.

O casi ninguno.

Tom descabalgó primero y la ayudó a bajar. Ella se apoyó en uno de sus brazos e iba a dejarse deslizar silla abajo hasta dar con el suelo, pero él la cogió por el talle, frenando su caída y haciendo que los dos quedarán frente a

frente y muy cerca. Sus manos permanecieron en su cintura y ya no se apartaron.

—¿Has tomado una decisión?

Resultaba tan difícil resistirse. No solo a su mirada, a todo lo que era, aquella presencia, su aura de peligro, esa fuerza contenida que Felicity tenía cada vez más ganas de que liberase, la certeza de que no merecía una condena. Le sobrevino un ligero mareo y se dijo que debía calmarse. Ella no era así. No actuaba así.

—De veras que ha sido... ha sido...

Trató de encontrar la palabra



adecuada. Tom le echó una mano.

—¿Divertido?

Tenía otra vez esa mirada pícara y un punto amable y ella no pudo evitar una sonrisa.

—Sí, creo que sí, divertido e... instructivo. Debo decir sinceramente que... me alegro de haberle conocido —dijo apelando a una formalidad que ya estaba fuera de lugar—, pero no sería, no estaría...

—No sería sensato —dijo él.

Felicity frunció los labios. No era más fácil porque él la ayudara.

—Eso es. No sería sensato.

—Comprendo —respondió  
razonable, y Felicity se sintió  
absurdamente triste—. Entonces, ya que  
esto es una despedida, podríamos  
besarnos por una última vez...

Ella alzó la mirada. El ala del  
sombrero le hacía sombra en el rostro.  
Sus ojos se veían de un azul muy claro  
que contrastaba con lo oscuro y cerrado  
de su barba. Por supuesto, fue  
completamente incapaz de decir no.

La estrechó más de cerca y la besó no  
solo con la boca, con todo el cuerpo.  
Felicity no sabía cómo podía ser, no lo  
entendía. Por más que ningún otro

hombre la hubiera besado, no comprendía cómo era posible que sintiera aquel deseo de no desprenderse nunca de él. No sabía cómo podía experimentar aquella unión tan absoluta, tan total y completa incluso a pesar de hallarse en medio de la llanura, a plena luz del día, mientras un viento suave de primavera peinaba la hierba y agitaba los bajos de su vestido y los mechones sueltos de su pelo envolviéndolos en un remolino invisible y travieso.

Aunque Felicity no se enteró de eso ni de nada, porque estaba demasiado ocupada en devolverle sus besos, en

abrazarse con todas sus fuerzas a su cuello y en coger aliento para no desmayarse cuando él tiró de sus labios con los dientes, con tal suavidad y a la vez de un modo tan posesivo... Y lo peor fue que a duras penas contuvo el deseo de morderle ella también, y no flojito.

Definitivamente había perdido el juicio.

—Está bien, casémonos —gimió.

—¿Segura? —dijo él con un brillo tan salvaje en la mirada que a Felicity le recorrió un escalofrío, y no habría sabido decidir si era temor o algo muy

distinto.

—Sí, muy segura —afirmó, y no era verdad, pero se le ocurrió que no era el momento de poner en tela de juicio sus motivos; y además, puestos a cometer errores seguramente sería mejor hacerlo bajo el amparo de la bendición divina. Quizá todas aquellas sensaciones tan inoportunas e inconvenientes se desvaneciesen en cuanto estuviesen casados y era lo pecaminoso del acto en sí lo que le daba aquella emoción insospechada. Solo había un modo de averiguarlo.

—Entonces vamos a buscar a ese tal

Colleens.

La cogió por la cintura y, sin consultarle, la aupó a la grupa del caballo.

También Felicity comprendió por qué hasta aquel momento había sentido tan pocos deseos de contraer matrimonio.

El reverendo Colleens vivía en una casa baja de madera pintada y repintada de blanco, con visillos en las ventanas y cristales relucientes como recién abrillantados con agua y jabón. Tom llamó a la puerta con unos cuantos golpes rápidos y sin soltar de la mano a

Felicity. Ella pensó en sus ropas, en su pelo enmarañado, en el fusil al hombro de Tom... No era así como se presentaba uno en la casa del Señor ni en la de sus servidores.

La señora Colleens abrió la puerta. El pelo canoso recogido con pulcritud en un rodete y un delantal immaculado protegiéndole el vestido.

—Buenos días —dijo sin perder el tono pacífico e imperturbable con el que Felicity la recordaba—. ¿Puedo ayudarlos?

—Deseamos ver al reverendo. ¿Se encuentra en casa?

—No en este momento, pero si me dicen qué desean... quizá pueda ayudarlos.

—No lo creo —dijo Tom—, queremos casarnos.

La mujer los miró con más atención, especialmente a ella. Felicity temió que la llamase por su nombre y le recriminase su comportamiento —y su aspecto—. Era lo que habría hecho su madre, y estaba segura de que, en su ausencia, la señora Colleens actuaría de igual modo. Pero fuese por los años transcurridos o porque su apariencia era muy distinta de la que habría lucido de



ordinario, la mirada de la esposa del reverendo pasó sobre ella sin reconocerla.

—No son de por aquí, ¿verdad? — dijo con el mismo aire de desconfianza con el que se solía recibir a los recién llegados en todas partes. Felicity en su lugar habría hecho lo mismo.

—No. Solo estamos de paso y llevamos prisa. ¿Sabe cuándo regresará su esposo?

—Regresará cuando lo crea conveniente. Les diría que entrasen y le esperasen, pero ¿de veras piensan casarse así?

La expresión de la esposa del reverendo Colleens era de severidad. Tom iba a decirle a aquella mujer un par de verdades, pero se lo pensó mejor cuando vio el rostro avergonzado de Felicity.

—Volveremos más tarde, ¿cree usted que podrá atendernos para entonces?

—Es posible —dijo impertérrita la mujer.

Felicity no sabía dónde meterse. Aquello era una mala, muy mala idea. Todo aquello era absurdo. No solo era una locura casarse, ahora además no se atrevería a dirigirse a los Colleens en

busca de ayuda.

—Hasta más tarde entonces.

—Hasta más tarde —dijo la señora Colleens, pero su expresión decía que no esperaba que volvieran.

Les dio con la puerta en las narices. Felicity no pudo evitar pensar que los Colleens no eran tan caritativos como los recordaba.

—Tal vez sería mejor... —empezó.

—¿Sí? —dijo Tom con mala cara.

No se decidió a seguir. No quería ser una de esas mujeres que cambian constantemente de opinión. No le parecía serio. Por más que hubiera sido

precipitado, aún no hacía ni media hora que había aceptado comprometerse.

—¿De veras estás convencido de esto? Podría ser peligroso. Si te reconocen quiero decir.

El gesto de Tom se suavizó.

—No te preocupes. Tengo el presentimiento de que todo irá bien.

Felicity también se desarmó.

—¿Lo crees de veras?

—Estoy convencido —dijo colocándole un mechón rebelde detrás de la oreja. Ella se estremeció ante aquel contacto suave y luego sonrió. Tom solo pudo pensar que Felicity

McIntyre era una mujer realmente bonita y verdaderamente fuera de lo común. Tanto como para estar dispuesta a casarse con él—. Ven, buscaremos un lugar donde esperar hasta que regrese tu reverendo.

Cuando oyó cerrar la puerta, el señor Colleens levantó la vista de su periódico y le preguntó a su mujer:

—¿Quién era, querida?

—Nadie, querido. Se habían confundido.

Su esposo dio por buena la respuesta y volvió a su periódico, y ella a sus tareas. Apreciaba mucho a su marido y

no le gustaba que le hicieran perder el tiempo.

—¿Tienen habitaciones? —preguntó Tom.

Felicity se había quedado atrás y miraba arriba, abajo y en todas las direcciones. Estaba inquieta. Nunca antes había puesto el pie en un hotel. Era un edificio de ladrillo con aspecto de recién construido. Todo se veía nuevo y limpio. Tulsa estaba creciendo y el tren dejaba cada día nuevas oleadas de viajeros.

El encargado de atender a los posibles huéspedes, un hombre de aspecto envarado, los miró sin demasiada extrañeza, pero con suspicacia. Tom no se había separado del fusil y debajo de la chaqueta se entreveía el revólver, pero aquello no era nada raro. No había vaquero que no llevase un arma, solo que pocos escogían el Gran Hotel Compton para alojarse.

—Tenemos varias habitaciones. No en vano esto es un hotel —respondió con suficiencia—. El mejor hotel de toda Oklahoma si me permite decirlo.



—Queremos una —dijo Tom.

Felicity iba a decir que querían dos, dos habitaciones.

—Son cinco dólares. Por adelantado.

Se detuvo en seco. Aquello era una vergüenza y un abuso. En Carsons podías dormir en la pensión de la señora Cobbs por medio dólar y te ponían sábanas limpias y te servían el desayuno en el mismo comedor familiar. Nadie en su sano juicio pagaría cinco dólares por una cama y un techo.

—Aquí tiene.

Se quedó de piedra al ver el billete de banco nuevecito, sin una sola arruga,

como recién planchado.

El hombre olvidó su recelo y extendió su sonrisa.

—Bienvenidos al Gran Hotel Compton —dijo haciendo sonar la campanilla—. Tenemos bañera con agua caliente en todas las habitaciones. Espero que sean de su agrado.

—No tengo la menor duda —respondió Tom con una despreocupación que dejó atónita a Felicity.

—Billy, acompaña a los señores a su habitación.

Un chico de unos trece años, ataviado con un uniforme que ya había comenzado

a quedársele estrecho, salió de detrás del mostrador y miró buscando el equipaje. La desilusión se pintó en su rostro cuando vio que no había nada que cargar.

Les llevó por unas escaleras que conducían a un largo pasillo. El suelo de madera estaba cubierto por una mullida alfombra roja que apagaba el sonido de sus pasos y muchas lámparas doradas iluminaban el corredor y se alternaban con paisajes al óleo colgados de las paredes enteladas. El efecto era elegante pero un tanto recargado y Felicity no estaba segura de que tanto exceso fuera

propio de un lugar decente.

—Es aquí —dijo Billy abriéndoles el paso.

Tom metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de cuarto de dólar. La expresión de Billy se transformó en la viva imagen de la sorpresa.

—¡Gracias, señor! Señora... si necesitan cualquier cosa, ¡lo que sea!

—Te llamaremos.

—Eso es. Soy Billy. Billy Langford para servirle.

—No lo olvidaré —aseguró Tom.

La alegría del muchacho no fue suficiente para que Felicity calmase su

indignación. No se paró a mirar la lujosa colcha de damasco ni el espejo con el marco bañado en oro viejo ni la cómoda de roble. Tom apenas se había desembarazado del fusil cuando ella estalló.

—¡Tom Rafferty, me dijiste que no tenías dinero!

Se quedó desconcertado, pero por un tiempo tan corto que Felicity no estuvo segura de si era el suficiente para inventar una mentira.

—Te dije que había enviado a Irlanda la mayor parte del dinero. Eso no quiere decir que no me haya guardado un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—Echa el freno, señorita McIntyre, ni siquiera estamos casados aún. ¿Por qué habría de decirle un hombre a su mujer cuánto dinero tiene y qué piensa hacer con él?

—¡Pues si es así como piensas que va a ser este matrimonio, no esperes que me convierta en la señora de Tom Rafferty!

Tom resopló y la miró entrecerrando los ojos.

—¡Conque sí, eh! ¿Cuántas veces piensas que puede un hombre pedirle a una mujer que se case con él?

—¡Por mí no hace falta que me lo pidas más!

—Felicity...

Los dos habían ido subiendo el tono y acercándose más y más el uno al otro. Siempre que discutían acababan igual. Él trataba de comerle el terreno. Ella no se apartaba.

Se hizo el silencio.

Tom se dio la vuelta y salió dando un portazo que retumbó en toda la habitación.

Felicity se quedó esperando, contemplando la puerta cerrada. Medio minuto, después uno, dos... Aguardando

a que volviese a abrirse, Tom entrara por ella, la estrechara contra sí y la besara.

Todas sus anteriores discusiones habían terminado así.

Excepto aquella.

No es que quisiera discutir. Es que estaba realmente confusa y además tenía miedo. Ella que siempre había presumido de valiente y de resuelta. Estaba asustada, muy asustada, y lo que más le aterraba en aquel momento era que Tom no volviera.

Sonaron dos golpes suaves, amables. Felicity se lanzó a abrir, dispuesta a



echarse a sus brazos antes de que ninguno de los dos tuviese que articular una disculpa.

Pero el que apareció fue Billy.

—Olvidé explicarle cómo funciona el baño. Por favor, no se lo diga al señor Compton. Siempre insiste en que es muy importante, aunque casi nadie lo usa. ¿Usted quiere usarlo?

Felicity tardó un poco en comprender de qué le hablaba el muchacho.

—Sí, sí, por favor. Enséñamelo.

Billy asintió. Entró en la habitación, abrió una puerta lateral y apareció un aseo completo en el que destacaba una

gran bañera esmaltada rematada por dos aparatosos grifos de bronce.

—El señor Compton está muy orgulloso, ¿sabe? Somos el único hotel en toda Oklahoma que tiene agua caliente en todas las habitaciones. Vino un ingeniero desde Nueva York para montarlo.

Billy comenzó a manipular los grifos. Las tuberías vibraron y el agua salió con estrepito salpicando en todas direcciones. Felicity se alarmó. Parecía que iba a explotar.

—¡No se preocupe! Es solo al principio. ¿Ve? Ya va mucho mejor.

Seguía haciendo un ruido infernal, tanto que Billy tenía que alzar la voz para hacerse oír, pero el agua salía a buen ritmo y un halo de vapor emanaba de ella.

—Verá ahora.

Billy cogió un frasco de cristal de una repisa y vertió buena parte de su contenido. Una nube de espuma surgió del agua. Olía muy bien.

—¿Sabrá cerrarlo? Solo tiene que girar aquí.

—Sí, creo que sí —respondió un poco temerosa de aquel artefacto, incluso de la montaña de espuma que

continuaba creciendo sin control, pero decidida a no mostrarlo a un chico de trece años.

—Llámeme si necesita ayuda. Y sobre todo no deje que se desborde e inunde la habitación. El señor Compton se pone muy furioso cada vez que ocurre. Dice que no merece la pena esforzarse por dar un buen servicio y amenaza con cerrar e irse a otro sitio.

—Tendré mucho cuidado y lo valoraré —aseguró Felicity.

Billy se marchó, pero ella no se atrevió a salir del baño. Cuando pensó que ya había agua en cantidad más que

suficiente se apresuró a cerrar el grifo. El mecanismo protestó con un chirrido agudo que estuvo a punto de hacerle desistir, pero apretó más y el silencio se hizo.

Ahora tenía una bañera llena de agua, un gran frasco de sales y mucho polvo y cansancio acumulados. Al girar la cabeza tropezó con su imagen reflejada en un espejo. Uno grande, no como el pequeño recuadro empañado que usaba cada día para peinarse. Le costó reconocerse. El vestido era un desastre, tenía el pelo revuelto y un brillo nuevo en los ojos. Quizá se debía a la ausencia

de sus gafas. ¿Era eso suficiente para hacer que un hombre regresase a por ella?

Felicity suspiró. Lo que no admitía discusión era que necesitaba un baño. Quizá después viese las cosas con más claridad. Se desnudó, se acercó a la bañera y muy despacio introdujo un pie en el agua.

Luego otro.

No parecía peligroso, así que se armó de valor y agarrándose con firmeza a los bordes —por si acaso— se sumergió por completo.

Estaba tan caliente que quemaba,

pero resistió y poco a poco la sensación de ardor fue desvaneciéndose para dejar paso a un agradable calor. Con cautela, se soltó de los bordes y echó la cabeza hacia atrás.

—Oh, Señor todopoderoso...

En su vida había probado nada tan delicioso. Y eso que era una de las pocas que tenía instalada una regadera en casa. Había que acarrear el agua hasta la calle, echarla al depósito subiendo cargada con los cubos por una escalerilla de madera y luego, tras todo aquel trabajo, el contenido caía de golpe tras accionar una manivela. No era lo

mismo, desde luego.

Cerró los ojos y trató de no pensar en nada. Solo durante un rato. Podía hacerlo. Podía disfrutar de aquella maravilla.

Al medio segundo ya estaba pensando en Tom.

¿Y si no volvía?

La respuesta era sencilla, regresaría a su vida, a la sencillez de la rutina, a la escuela dominical y a sus tareas.

¿Por qué eso ya no le parecía tan atractivo como antes? Y sobre todo ¿por qué estaba dispuesta a cambiarlo?

Pongamos que por un instante



olvidaba que Tom Rafferty era un fugitivo, que conseguían salir del estado e iniciar una nueva vida en otra parte, supongamos que aceptaba que no era un mal hombre —su corazón así se lo decía — y que ella podía ser una buena esposa. ¿Podía serlo realmente? ¿Quería serlo? ¿Qué haría si no le gustaba aquella vida? Sobre todo teniendo en cuenta que no se trataría de barrer el porche y tener a tiempo la comida. ¿Cómo sería estar casada con un fugitivo? ¿Cómo sería estar casada?

«La esposa no ejerce autoridad sobre su propio cuerpo, sino su esposo; así

mismo el esposo no ejerce autoridad sobre su propio cuerpo, sino su esposa. No se priven de ello el uno al otro». San Pablo a los Corintios, si no le fallaba la memoria.

Se estremeció sintiéndose muy consciente de pronto de su cuerpo maduro, desnudo, sumergido en la bañera y protegido solo por el agua. No sabía nada de aquellos asuntos, no más allá de que era algo que debía quedar reservado entre marido y mujer y que, en cuanto a aquellos temas —todavía aun más que en el resto—, la esposa debía acatar de buen grado la voluntad de su

esposo. Debía hacer su voluntad.

Su desnudez y su cuerpo —que había dejado de ser de niña hacía tanto que le costaba recordarlo, pero que no le había dado mayores problemas hasta la fecha — le hicieron sentir incómoda. Salió del agua con rapidez y buscó la toalla. Aquel baño tibio y perfumado no era para ella. Felicity estaba hecha a las duchas frías y rápidas.

Se secó y muy a su pesar volvió a ponerse su maltratado vestido. Se peinó y se recogió el pelo húmedo en un moño tirante. Se miró de nuevo en el espejo y esa vez no le costó reconocerse. Sí, esa

era ella, seria, desconfiada, consecuente... Siempre trató de ser honesta y ahora no estaba segura de serlo, ni siquiera de a quién estaba traicionando.

Salió del baño y fue a sentarse en la silla que hacía compañía a la cómoda. No quería engañarse a sí misma. Aquello no estaba hecho para ella. Se había dejado envolver por un ensueño propio de adolescentes. Había querido pensar que Tom Rafferty se sentía atraído por ella. Era tan atractivo, tan osado, tan impulsivo... Un aventurero. Suponía que eso le hacía interesante en

sí mismo. Respecto a aquel punto no tenía dudas. Bueno o malo le gustaba mucho Tom. Cuando la miraba se sentía fundir. Le ocurrió ya en su primer encuentro en la barra del *saloon*, incluso antes de que se la llevase a rastras y a la fuerza. Pero ¿qué podría haber visto él en ella, aparte de una mujer demasiado adulta para ser tan ingenua?

No funcionaría. No podía funcionar. Lo único que conseguiría sería ponerse en evidencia, una o dos noches que serían un mal trago para ella y que él olvidaría a la primera oportunidad. Incluso si conseguían que el reverendo

Colleens accediese a casarlos, ¿qué impediría que él se marchase a la mañana siguiente? Felicity conocía a varias esposas cuyos maridos salieron por la puerta un buen día y de ellos nunca más se supo. ¿Y ella iba a echarlo todo por la borda por él?

Se pasó horas sentada en el borde de aquella silla, a pesar del esfuerzo que normalmente le suponía permanecer quieta en algún sitio. Los rayos de luz que se colaban por la ventana fueron alargándose y se volvieron tenues y difuminados a medida que se asentaba en ella la certeza desolada de que ya no

vendría, de que se había marchado esta vez para siempre y que era mejor así, que debía estarle agradecida por tener más sentido común que ella y era absurdo sentirse herida, frustrada y con unas ganas de llorar que solo a base de fuerza de voluntad conseguía dominar.

Por no hablar de que no quería ni pensar en que lo hubieran prendido. Aquello era aún mucho peor. Prefería creer que estaría libre y sano y salvo lejos de ella. A pesar de que destrozase su corazón, lo prefería. No era un mal hombre, no lo merecía. Un mal hombre no da una propina de un cuarto de dólar

a un chico.

Por eso, cuando llamaron a la puerta y una voz que ya le era familiar preguntó:

—Felicity, soy yo. ¿Puedo entrar?

Se sintió tan aliviada, tan feliz y tan furiosa a la vez que mientras iba hacia la puerta las palabras y los sentimientos le bullían atropellados en el pecho y no sabía si cuando le tuviese enfrente lloraría, reiría o gritaría, quizá todo al mismo tiempo. Pero entonces abrió y se quedó no solo muda, sino paralizada.

—Siento haberte hecho esperar, manzanita —dijo con su tono más



conciliador.

Tuvo que mirar dos veces para reconocerle. Vestía un traje nuevo oscuro y sobrio, adornado con una corbata de cordón, como las que solían usar los vaqueros, y una camisa blanca y bien planchada. El sombrero en la mano, el cabello limpio y recién cortado, la barba desaparecida por completo, solo la sonrisa era idéntica.

Felicity no supo ni qué decir. Era el hombre más apuesto, arrebatador y adorable que jamás había tenido ante sí. No le importaba que fuese un forajido, ni que tuviese a medio estado

siguiéndole la pista. En aquel instante supo con absoluta seguridad que iría con él al fin del mundo.

Si se lo pidiese.

—No sabía dónde habías ido — consiguió articular con gran dificultad.

—Necesité algún tiempo para encontrar lo que buscaba. Mira —dijo tendiéndole un envoltorio que llevaba doblado sobre el brazo y que Felicity ni siquiera había visto a causa del conmocionado estado en que se hallaba—. Espero que te guste, porque alguien se llevará un disgusto mañana cuando vaya a recogerlo y le digan que ha

surgido un imprevisto.

Lo cogió y lo deslió de forma mecánica. Estaba aturdida. Era un vestido. Un vestido de paseo, como los que llevaban las damas que ella admiraba de niña. De color verde musgo con ribetes en terciopelo negro.

—Es muy bonito, pero... pero ¿cuánto te ha costado? —Era superior a ella.

Tom chasqueó la lengua.

—Olvida eso. Ahora no podemos discutir. Tendremos que dejarlo para más tarde. He quedado con el reverendo Andrews a las siete. Tenéis que daros

prisa.

—¿Tenemos?

Una mujer de unos cincuenta años de rostro sonriente y amable apareció tras Tom portando polisones y enaguas.

—*Bon soir, cherie*, soy Amelie Du Bois. Ya sé que vamos mal de tiempo, así que, si es tan amable... *Excuse mois, monsieur*, necesitamos intimidad.

—Pero... —protestó Tom.

—Ahora no, *monsieur* —dijo Amelie con voz cantarina, cerrando la puerta con decisión. Tom se quedó fuera y ella y sus agujas y alfileres dentro.

—De veras le agradezco —comenzó

Felicity—, pero no es necesario...

—¿Qué no es necesario? ¿Pero ha visto lo que lleva puesto, *madame*? — dijo la modista calándose las gafas.

—Me costó un dólar con noventa y nueve centavos y solo me lo he puesto una docena de veces —se defendió Felicity—. Lo que ocurre es que vinimos andando desde Carsons y...

—Comprendo, *cherie*, y ahora desvístase. —Y como Felicity no dio signos de reaccionar la exhortó—: ¡*Allez, allez!* No tenemos todo el día.

Y así fue como cuando quiso darse cuenta, se encontró vestida de raso

desde la cabeza hasta los pies.

Y, sinceramente, también ella parecía otra.

Tom dio dos ligeros toques a la puerta.

—¿Felicity...? Cariño, ¿va todo bien?

No es que quisiera presionarla, pero llevaba tanto tiempo encerrada en aquel baño que comenzaba a preocuparse.

Iba a volver a llamarla cuando respondió:

—¡Sí! ¡Todo bien! Enseguida salgo.

Tom contuvo las ganas de resoplar.

Tendría que tener paciencia. Aún más.

Se habían casado hacía un par de horas. Cuando la vio salir de la habitación con aquel vestido que hacía juego con sus ojos y resaltaba el tono cobrizo de sus cabellos dio por bueno el dinero empleado, incluso aunque con ello hubiese agotado la mayor parte de sus reservas. Solo le quedaban cinco dólares y unas pocas monedas. No había querido detenerse a pensarlo, pero en el fondo temía que no tuviese muchas más oportunidades de gastarlo.

—No hay problema. Tómate el tiempo que quieras.



Entrar en un establecimiento público y dar una cantidad vergonzosa de dinero a la modista para que le vendiese el vestido que tenía encargado desde hacía semanas, pasar la noche en el mejor hotel de Tulsa, registrarse con su propio nombre porque cuando se lo preguntaron respondió sin pensar... Era tan descabellado que lo único que podía salvarle era que nadie en su sano juicio pensaría que Tom el irlandés y el tipo que había preguntado por un pastor dispuesto a officiar una boda aquella misma tarde pudiesen ser una única persona.

Solo cuando ella respondió: «sí, acepto», tras una vacilación no muy larga, pero suficiente para tensarle los nervios, supo que había valido la pena.

Pero si no salía del baño pronto, tendría que comenzar a asumir que todo aquel asunto había sido un error. Un error muy estúpido.

Estaba a punto de volver a llamar y pensando a la vez de qué modo podía hacerlo sin que pareciese que quería atosigarla cuando la puerta se abrió. Tom retiró la mano y buscó una excusa para justificar su presencia justo al otro lado.

—No es que quisiera... —Y se calló. Felicity llevaba el pelo suelto, recogido por detrás de las orejas, pero cayendo libre de horquillas sobre la espalda, y vestía un camisón que él no había pretendido comprar, pero que la modista insistió en añadir a la cuenta asegurando que era completamente imprescindible si además de ceremonia quería tener noche de bodas. Un camisón blanco bordado que se cerraba con una pequeña fila de botones sobre el pecho y solo le cubría hasta la mitad de las pantorrillas. Los pies desnudos, muy pálida y un aire de cordero que va directo al sacrificio

que le enterneció.

—Estás muy bonita, bizcochito.

Ella enrojeció.

—¿Es necesario que me llames con esos nombres tan absurdos? —dijo tratando de obviar la turbación que le producía su forma de mirarla.

—Perdóname. Estás muy bonita, Felicity.

Lo afirmó con tanta convicción que no dudó de que fuera sincero. No sabía cuánto tiempo había pasado mirándose en el espejo con aquel camisón que, además de indecoroso, temía que le hiciera parecer ridícula. Se lo quitó y

volvió a ponerse el vestido, pero luego le pareció aún más ridículo salir con él después de tanto tiempo, y no iba a dormir vestida...

—Gracias. No es que quiera discutir... —se apresuró a decir.

Tom no pudo evitar sonreír.

—Tranquila. No discutiremos.

Felicity volvió a turbarse. No sabía qué hacer ni qué decir. Se encontraba totalmente fuera de lugar. Pero había hecho los votos delante de un pastor de la iglesia —un pastor cuya forma de arrastrar las eses y sus vacilaciones a la hora de decidir el siguiente paso le

crearon serias dudas sobre su sobriedad, pero incluso así seguía siendo un ministro de Dios— y ahora debía obediencia a su marido. Trató de darse ánimos recordando lo que le había dicho la señora Du Bois. Necesitaba a alguien con quien desahogarse y, en cuanto entraron en confianza, la modista había perdido su acento francés y le había asegurado que no tenía nada de qué preocuparse, que si ella entendía algo de hombres —y podía asegurarle que así era— no tendría el menor problema para entenderse con su futuro marido.

—Mañana iremos a la estación y

cogeremos un tren rumbo al sur. Con esta ropa y viajando juntos no llamaremos la atención. Pareceremos solo dos viajeros más.

A veces olvidaba los pensamientos más negros, y se convencía de que realmente era posible. Ella y él, en algún lugar donde la tierra fuera buena y la mano ejecutora de la ley estuviera muy lejos.

—Si crees que es lo mejor... — accedió Felicity, que todavía estaba asumiendo su nuevo papel de esposa de un fugitivo. ¿La convertiría eso en cómplice y, por ende, también en

proscrita? No estaba segura, pero lo más probable era que fuera que sí. Tendría que pensar en ello más despacio. Casada o no, no estaba dispuesta a hacer nada que fuera contra sus principios o los de la iglesia ni contra las leyes de los Estados Unidos de América en general ni del estado de Oklahoma en particular. Pero eso sería en otro momento—. ¿Crees que deberíamos... es decir...? —Volvió a atragantarse y no pudo terminar la frase.

Pero Tom comprendió.

—Sí, creo que sí.

Ella asintió y se dirigió a la cama.



Era muy alta, con un colchón mullido y sábanas de buen y recio algodón. Se introdujo en el interior y se cubrió con ellas hasta la barbilla. Desde allí contempló a Tom que permanecía en pie junto al lecho tratando de contener la sonrisa que amagaba en la comisura de sus labios.

—¿Quieres que apague la luz? — preguntó.

Ella respiró aliviada. Cualquier cosa con tal de que no presenciara su incomodidad.

—Sí, por favor.

Tom bajó la intensidad de la lámpara

hasta dejarla reducida a un pequeño halo incandescente. Solo un punto amarillento en la oscuridad absoluta de la habitación.

No se veía nada, no sabía dónde estaba Tom, ni qué estaba haciendo, suponía que quitarse la ropa, ¿y meterse sin ella a la cama? Felicity se alarmó.

—¿Tom?

Él reconoció la inquietud en su voz.

—Shhh... —siseó para tranquilizarla —, no tenemos por qué hacer nada esta noche si no quieres.

Aquello la relajó de inmediato. De veras necesitaba un poco más de tiempo.

—¿Solo un par de besos?

Sonó inocente, pero no se fio. Lo que ocurrió fue que tampoco fue capaz de negarse.

—Solo un beso.

Esperó a oscuras, aferrada a la sábana que era una defensa insignificante, pero no tenía ninguna otra. Le sintió justo a su lado.

—Mi dulce relleno de crema...

Se le puso la piel de gallina. Definitivamente sonó como si Tom no pudiese aguardar el momento de comérsela de un solo bocado. Y cuando la besó no tuvo la menor duda de que

era eso lo que pretendía.

Felicity reprimió un sollozo y dejó de aferrar la sábana. Tom estaba desnudo de cintura para arriba, pero se sentía tan bien, olía tan bien, se encontraba tan bien rodeada por sus brazos, que le importó un poco menos que pretendiera devorarla.

Qué diantres... Era su marido. Ya no podía echarse atrás.

Se atrevió a acariciar su espalda. La piel era suave, pero se sentía tenso y poderoso bajo su mano. Tom exhaló un gruñido y la mordió en los labios. Felicity chilló.

—¿Te ha dolido? —preguntó.

—No —respondió con total sinceridad y entonces Tom la mordió más fuerte. Volcó todo su peso encima de ella a la vez que le abría las piernas y las enlazaba alrededor de sus caderas.

Imposible detenerlo. Felicity no vio más alternativa que estar a la altura.

—¡Ouch! —se quejó él cuando ella le clavó las uñas en los hombros y bajó arañando sus brazos.

—¡Ah! —protestó ella cuando él tomó posesión de su garganta.

Y cuando soltó de un único tirón los botones del camisón y descubrió sus

senos... Aquello era ir ya demasiado lejos. Felicity perdió el sentido del equilibrio y la orientación, perdió también el criterio de discernir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal. Estaba casi segura del todo de que estaba mal. Se sentía tan horriblemente delicioso que tenía que ser pecado, delito, algo muy grave...

—Mi bocadito de nata —murmuró Tom antes de pasar la lengua por la sonrosada punta de un pezón que ya había humedecido.

Y entonces fue cuando Felicity se resignó por completo a que pasase lo

que tuviese que pasar. No le importó que se la comiese entera y apenas un poquito que le hubiese mentido de un modo tan evidente, porque estaba segura —si lo había dudado en algún momento— que Tom no había tenido la menor intención de conformarse solo con un beso.

Y de todos modos fue tan dulce, la besó por tantas partes con una mezcla de arrebató y delicadeza, cuando la mordía lo hacía como si supiera a la perfección cómo y dónde debía detenerse para que ella deseara justo un poco más; que, cuando la subió el camisón a la altura de la cintura, tuvo la segura certeza de que

todo iría bien.

Entró en ella muy despacio, la abrazó con mucha fuerza, le susurró su nombre al oído. También le dijo algo más.

—Mi mujer, mi esposa...

Y entonces sucedió. Felicity lo sintió por fin como algo real. Fue una epifanía, una revelación. Aquel hombre que había conocido el día antes, del que realmente no sabía gran cosa —y lo que sabía no era nada alentador—, ese hombre era desde aquel momento y ya para siempre su esposo. Para lo bueno y para lo malo. Es más, aquella seguridad le hacía feliz, insoportablemente feliz, incluso a pesar



del ligero pero inequívoco desgarró que experimentó junto con todas aquellas inexplicables sensaciones, como la que le impulsaba a atraerle aún con más fuerza hacia sí.

Cuando se quedó tendido, su cuerpo relajado sobre el de ella, la besó en la mejilla, en los párpados, en las sienes.

—¿Ha sido tan terrible? —preguntó.

—Tom Rafferty, eres un mentiroso —dijo tratando de recuperar el aliento—. Pero te quiero con todo mi corazón.

Tom rio con ganas.

—Lo sé. Yo también te quiero a ti, caramelito.

—Eres lo peor —murmuró ella todavía demasiado sofocada para discutir.

—¿Sí, eh? Pues entonces deja que te muestre cómo de malvado puedo ser.

Y se lo mostró. Una y otra y otra vez. Hasta que a Felicity no le quedó ni la más pequeña duda.

Lowell se encontraba de pésimo humor. El día se les había ido en llegar a Tulsa. Habían dormido en un hotelucho de mala muerte y ahora tendrían que conseguir caballos. Pero lo peor era que Rafferty les llevaría ya demasiada ventaja. Debería darse por vencido y renunciar al dinero. El irlandés caería, antes o después todos lo hacían, pero sería otro el que se llevase la recompensa.

—¡Mire, *sheriff!* —dijo Scott

cogiéndole del brazo e indicándole con la mano la dirección en la que debía mirar—. ¡Juraría que ese es Daltry!

Lowell se fijó en el caballo. Estaba atado junto con otros en la fachada de un bonito hotel, un sitio de calidad, bastaba con echar una ojeada para asegurarlo. Un buen lugar en el que pasar la noche y no el catre infecto en el que había mal dormido, y ya eran dos noches malas seguidas.

—¡Es él! Es Daltry. Estoy completamente seguro.

Dan y Lowell miraban escépticos. A él le parecía un caballo cualquiera, pero

si Scott estaba tan convencido...

—Vamos a verlo más de cerca.

Cruzaron la calle juntos. Lowell en el centro y sus ayudantes a los lados. Las placas brillando en los chalecos. Había bastante ajetreo a esas horas, pero la gente se apartaba a su paso. Era un efecto que a Lowell le gustaba.

—¡Se lo dije! ¡Es él! —dijo Scott eufórico. Acarició el lomo del animal y este se volvió al contacto y le empujó cariñoso con la cabeza—. ¿Cómo estás, muchacho? ¿Te han tratado bien?

Era extraño, ¿qué hacía uno de sus caballos en la puerta de un hotel para

señoritos de ciudad?

—Scott, quédate aquí y vigílalo. Dan, encárgate de conseguir otros dos caballos. Yo iré a ver cómo ha llegado hasta aquí.

—¿No sería mejor que le acompañara, señor? —saltó Dan rápido como el rayo.

—¿Crees que no voy a saber ocuparme de esto solo? —dijo Lowell, harto del afán de protagonismo de su subordinado.

—No, señor. Por supuesto que no.

—Pues entonces haz lo que te he dicho.

Dan se tocó el sombrero y se marchó calle abajo. Lowell dejó a Scott ocupado en hacerle mimos a su caballo y se dirigió a la entrada del Gran Hotel Compton.

Le atendió un hombrecillo de bigote fino y ondulado y cabellos repeinados con brillantina.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

Era la primera vez en su vida que alguien llamaba a Lowell caballero. Aquel tipo debía de ser del este, o como mínimo de Milwaukee. Sería mejor no ir por las claras con él. Conocía a esa

clase de gente, bastaba con que les pidiesen una cosa para que se empeñasen en hacer la contraria.

—He visto los caballos que tiene ahí fuera y uno me ha llamado la atención. Me gustaría comprarlo. ¿Está en venta?

—Son todos propiedad del hotel, excepto uno de ellos. Y no están en venta. Los tenemos a disposición de nuestros clientes.

—Me interesa el pardo zaíno.

—Ese no es nuestro. Pertenece a un huésped que llegó ayer. El señor Rafferty —dijo Compton consultando su libro de visitas.



—¿Rafferty? No me diga... —Era demasiada coincidencia. No podía ser. Y sobre todo no podía creer que se hubiese registrado con su nombre. No era tan estúpido, pero quizá... ¿qué perdía por probar? Alguna vez su suerte tendría que cambiar—. Conozco a un Rafferty. ¿Viaja solo?

—No, con su esposa.

—¿Su esposa? —dijo dudando—. ¿Una mujer pelirroja? ¿Con gafas?

—Es pelirroja, pero no lleva gafas. Justo iban a subirles el desayuno. Si desea que le haga llegar algún mensaje...

—No, no es necesario. Me presentaré yo mismo. Somos viejos conocidos...

Tom la abrazaba contra su pecho y Felicity se encontraba tan bien que no sentía el menor deseo de levantarse. Llevaba un rato despierta y sospechaba que él también. En ese estado de duermevela ocioso al que pocas veces se permitía entregarse. Por lo común se levantaba en cuanto salía el sol y tenía la jornada cubierta de actividades. Y no es que esa mañana pudieran tomarse todo el tiempo del mundo, pero se estaba tan a gusto en aquel colchón, y él

la sujetaba tan fuerte... Se habría pasado así todo el día. Solo que justo entonces Tom se desperezó.

—Buenos días, mi terroncito de azúcar —le susurró al oído y la lamió justo detrás del lóbulo de la oreja. Felicity se sintió absolutamente comestible. Es más, no le importó lo más mínimo que hiciera con ella lo que quisiera. Más cosas como las de la noche anterior—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien —sonrió.

—¿Lista para iniciar una nueva vida como señora de Thomas Rafferty? —dijo apartándole el pelo de la cara para

disfrutar mejor de su sonrisa.

—Todo lo lista que se puede estar. —  
Se quedó más seria de repente. Era importante para ella. Quería dejar las cosas claras—. Sé... sé que ha sido todo muy precipitado y que si no se hubiesen dado estas... estas circunstancias jamás habría ocurrido, tú y yo quiero decir... —señaló cohibida.

—Sé a lo que te refieres —aseguró él, y trató de besarla, pero ella se lo impidió. Apoyó la mano en su pecho y le mantuvo a distancia.

—Quiero que sepas que trataré por todos los medios de ser una buena

esposa.

A Tom le conmovió su seriedad y sus buenos propósitos. No es que tuviera mucho que ofrecerle y sin embargo ella le había aceptado sin dudar. Bueno, casi sin dudar.

—Yo también prometo tratar de ser un buen esposo. No dejaré que te arrepientas.

Felicity ya no trató de impedir que la besara y Tom lo hizo con la pasión de la primera vez. Nunca se arrepentiría. Era demasiado bueno para considerarlo siquiera.

—Servicio de habitaciones —dijo

una voz femenina detrás de la puerta—. Les traigo el desayuno. Cortesía del hotel.

Los dos se miraron sorprendidos. Eso sí que era un buen servicio.

—¿Tienes apetito, bomboncito?

—Un poco —reconoció Felicity. Estaba muerta de hambre. Se habría comido un plato de huevos con jamón y patatas fritas en aquella misma cama—. Pero no puedes abrir así...No estoy presentable. Iré al baño a cambiarme.

—No tengas prisa en hacerlo.

Tom también salió de la cama y se puso los pantalones. Felicity hizo como

que no miraba y le espió a hurtadillas. Él le guiñó un ojo. Ella se puso colorada. Todo aquello solo para ella...

Se encerró en el baño. Estaba mirándose en el espejo comparando a la nueva y a la antigua Felicity cuando la impresión le congeló por completo la expresión.

—Manos arriba, Tom. Quedas detenido por el asalto al banco de Cushings y el robo a la diligencia de Fort Gibson. Además, se te acusa de asesinar a dos hombres y herir a otro. Se te acabó la suerte, hijo —añadió Lowell condescendiente.

—No tengo nada que ver con el robo a ninguna diligencia y tampoco he matado a nadie —dijo con los dientes rechinando, calculando las posibilidades de escapar de una bala disparada a unas pocas pulgadas del pecho. Arrebatarse el arma al *sheriff* y usarla contra él. Casi ninguna.

Felicity salió del baño. Pálida, muy pálida y vestida aún con el camisón. Lowell apuntaba con un revólver a Tom y, a su lado, un carrito con platos cubiertos por campanas metálicas reposaba extraño y fuera de lugar. A Lowell le había bastado con entregarle



unos pocos centavos a la camarera para que dejase el campo libre y despejado.

—Señorita... —la saludó socarrón el *sheriff*—. Espero que los dos hayan disfrutado del viaje, porque ha llegado a su fin. Ya le contarás al juez lo de Fort Gibson. Hágame un favor y póngale las esposas —añadió lanzándole un par a Felicity.

Fueron a estrellarse contra su pecho. Las cogió por poco evitando que cayeran. Eran frías y pesadas.

—Pero no puede acusarlo de asesinato —suplicó ella—. Es inocente. No ha matado a nadie.

—¿Inocente? Robó un banco. Suficiente para mí. Me da igual que asaltase o no la diligencia —afirmó impasible. De hecho, no lo creía. Las declaraciones de los presentes en Fort Gibson apuntaban más bien hacia el cuatrero que Scott había mencionado, pero a aquellas alturas Spencer estaría en Wichita y Rafferty justo a su alcance. Se anotaba el tanto y se quitaba a los muertos de encima—. Las manos quietas. Nada de tonterías. ¿No querrás que ella resulte herida? —dijo percibiendo la tensión de Tom. Sentía sus ganas de saltar sobre él, el deseo de

proteger a la mujer. ¿Quién lo iba a decir? Se había convertido en una baza a su favor, podía utilizarlo en propio beneficio. Había arriesgado mucho haciendo aquello solo, pero después de tantos tropiezos le vendría bien reafirmarse ante sus subordinados. Además, así no tendría que compartir la recompensa con ellos—. ¡¿A qué espera?! —gritó volviéndose hacia Felicity.

Ella dio un respingo. La mirada de Rafferty era feroz. Lowell estaba sobre aviso. Más le valdría andarse con ojo. Sabía que cuando el irlandés se sentía

atrapado se comportaba como un animal enjaulado. Y los animales salvajes eran peligrosos. Lo mejor que se podía hacer con ellos era liquidarlos.

A Felicity le pareció leer la mente del *sheriff*. En una especie de visión anticipada vio a Tom con un disparo en el pecho en medio de aquella alfombra roja. No podría soportarlo. No dejaría que ocurriera.

Corrió a interponerse entre Lowell y Tom y sujetó sus manos.

—No lo hagas, Felicity. Apártate — dijo él con una mezcla de orden y súplica.

Pero ella le colocó las esposas y las cerró en torno a sus muñecas.

—Tengo que hacerlo —dijo con el corazón desgarrado—. No hay otra salida.

Lowell sonrió cuando escuchó el último clic seco.

—Usted quédese aquí y espere a que venga alguien a tomarle declaración, y vístase —añadió recriminator—. Tiene suerte de que no la detenga ahora mismo. Y tú, en marcha —dijo cogiendo por el hombro al Tom y dándole un fuerte empujón.

Tom apenas avanzó un par de pasos.

Miró rencoroso al *sheriff* y dolido a Felicity.

—Adiós, señora Rafferty.

Ella trató de contener las ganas de llorar, pero supo que no podría. Ocultó el rostro, lo enterró en las manos y corrió hacia el interior de la habitación.

Aquella huida supuso una decepción más para Tom. Incluso el *sheriff* lo notó.

—Ya está bien. Deja algo para cuando te ahorquen. Y camina antes de que me arrepienta y termine con este asunto de una vez.

A pesar de su tono agrio, Lowell se sentía eufórico. Había conseguido

detener él solo a Rafferty. Ya se imaginaba las caras de Dan y Scott cuando lo vieran aparecer con el irlandés esposado.

—*Sheriff* Lowell —oyó a sus espaldas.

Sabía que se trataba de ella, pero lo que captó su atención fue el timbre firme y decidido de sus palabras. La amenaza bajo el tono seco, y sobre todo y más que nada el inconfundible chasquido de un Winchester al armarse.

Demasiado tarde se dio cuenta de su error. Había subestimado a Felicity McIntyre, ahora Felicity Rafferty,

aunque eso el *sheriff* no tenía modo de saberlo. Cuando se giró se encontró con el cañón del fusil apuntándole.

—Baje eso y no haga ninguna locura —dijo con toda la calma que pudo.

Felicity en camisón, desmelenada y con el rifle en alto, parecía perfectamente capaz de apretar el gatillo.

—Sé muy bien lo que hago. A usted no le importa que no haya tenido nada que ver con esos asesinatos. No está interesado en que se haga justicia. Solo quiere salirse con la suya.

Sus ojos se cruzaron por un fugaz



momento con los de Tom. El brillo salvaje había vuelto a ellos y Felicity no dudó ni por un segundo de que se sentía orgulloso de ella.

—Se equivoca —dijo Lowell tragando saliva—. Yo represento a la ley y usted está cometiendo un delito. Un delito grave. Pensaba ser generoso con usted. Está claro que se ha dejado embaucar. Una mujer, a su edad... Supongo que habrá sido presa fácil para un hombre sin escrúpulos. Pero si no suelta ahora mismo ese rifle será tan culpable como él. Nadie la librará de ir a prisión.

—Es mi marido —declaró Felicity ignorando sus insidias—. Allá donde vaya, iremos juntos.

—¿Su marido? Está aún más loca de lo que pensaba.

Tom no aguardó más. Le pasó los brazos esposados por la cabeza y volcó todo su peso encima de él a la vez que le aprisionaba a la altura de las muñecas para impedir que pudiera usar el revólver. Ambos cayeron al suelo y el arma salió despedida.

—No insulte a mi mujer —dijo Tom golpeando a Lowell con ambos puños.

Con tanta fuerza que su cabeza cayó

como un fardo contra el suelo y ya no la levantó.

Scott seguía haciéndole mimos a Daltry. Estaba muy unido a ese caballo. Lo escogió en persona cuando entró a trabajar a la oficina del *sheriff*. Desde entonces no había montado otro.

—¿Cómo te marchaste sin mí, chico? Me has dado un susto de muerte.

El caballo relinchó en respuesta. Scott solía pensar que Daltry le entendía y en aquella ocasión creyó comprenderlo a su vez: de vez en

cuando todos necesitamos un poco de libertad.

Una pareja salió del hotel y pasó por su lado, cogidos del brazo, pero marchando a toda prisa. Scott apenas los echó un vistazo. Debían de ser del este. Ella llevaba un vestido nuevo y muy elegante, tocado con un sombrerito de viaje. Él también vestía como un tipo de ciudad. Solo la rapidez de su paso le llamó la atención. Por lo común la gente tan bien vestida caminaba despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo para llegar a su destino, así se lucían mejor.

Se alejaron calle abajo. Dejó de prestarles atención y se preguntó qué estaría haciendo el *sheriff*. Ya hacía un buen rato que había entrado en el hotel. Scott maldijo. Nunca sabía cómo acertar con él. Si había tenido algún problema le echaría las culpas por no haber acudido antes, y si iba en su búsqueda y resultaba que había decidido que era un momento tan bueno como cualquier otro para echar un trago de *whisky*, le gritaría que se metiera en sus asuntos.

Estuvo dudando un poco más. Dan tampoco volvía y al final ganó su intranquilidad. Que se enfadase si

quería, pero no podía quedarse quieto mientras se preguntaba si le habría pasado algo.

Entró en el hotel y preguntó al recepcionista.

—Buenos días, señor —dijo quitándose el sombrero. Era ante todo un chico educado y respetuoso. Lowell siempre le decía que tenía que olvidar todas esas tonterías si quería durar en aquel trabajo, pero Scott no creía que fuese incompatible hacer cumplir la ley con las buenas maneras—. Buscaba al *sheriff* Lowell. Entró hace un buen rato para preguntar por el dueño de uno de

los caballos de ahí fuera.

—El señor Rafferty, sí —asintió el señor Compton neutral—, y por lo que veo no se ha llevado el caballo así que supongo que habrá llegado a un acuerdo con su amigo.

—¡El señor Rafferty! —exclamó sin dar crédito— ¿Está aquí?

—Tiene que haberse cruzado con él. Acaba de salir.

¿La pareja tan bien vestida? Él no era su Rafferty. ¿Estaba seguro? Apenas le había visto la cara. Scott no sabía qué pensar ni qué hacer. Quizá todavía estaría a tiempo de alcanzarlos, ¿pero y



Lowell? Si el irlandés le había cogido por sorpresa...

—¿En qué habitación estaba?

—En la número doce. ¿Se puede saber qué pasa con el señor Rafferty? Este es un lugar serio, joven, y no nos gustan los tejemanejes —protestó Compton. No tenía queja de Rafferty, le había pagado sin rechistar y eso hacía de él un buen cliente. Mejor que Lowell.

Scott no respondió. Se dirigió a su derecha y luego a su izquierda. Después se volvió hacia Compton.

—¿Podría indicarme dónde está la habitación?

Compton puso los ojos en blanco. Sacó de debajo del mostrador un cartelito donde decía: «Enseguida volvemos» y acompañó a Scott.

La puerta estaba cerrada y todo parecía en orden. La alfombra un poco arrugada en una esquina. Compton se detuvo a estirla y a continuación usó su llave para abrir.

—Pero ¡¿qué ocurre aquí?!

El señor Compton estaba indignado, pero Lowell, amordazado, atado a una silla con las sábanas y con ambas manos esposadas a la espalda, echaba chispas por los ojos. Y Scott comprendió que

nada le libraría de ser el destinatario de su furia.

—¿Cuándo pasa el próximo tren?

—En diez minutos, señor —dijo el taquillero consultando el reloj que colgaba a un lado de la estación.

—Deme dos billetes.

—¿No quiere saber a dónde se dirige? —preguntó alzando las cejas y examinándolo como a un bicho raro.

Tom hizo un esfuerzo por mostrarse despreocupado, como lo haría alguien que viajase por placer, y no como si le persiguiese el diablo. Tras él, Felicity

volvía la cabeza nerviosa, vigilando en todas direcciones.

—Sí, claro que sí. ¿Hacia dónde va?

—A Fayetteville. Directo y veloz como una bala. No hace ni una sola parada.

—Estupendo. Nos lo quedamos — dijo entregando su último billete de cinco dólares.

El empleado les dio el cambio. Tom cogió del brazo a Felicity y avanzó con ella a lo largo de las vías. La estación estaba emplazada a cielo abierto. Una cantina y numerosos viajeros esperando junto a los fardos que constituían su

equipaje era cuanto la poblaba. Todos miraban hacia las vías deseando ver llegar el tren, pero ninguno con tanta ansiedad como Tom y Felicity.

—¿Crees que podrá respirar? — preguntó ella. Le angustiaba pensar que Lowell sufriese algún daño irreparable. ¿Y si se tragaba el pañuelo y se ahogaba?

—Estará bien. Y si eso hace que te sientas mejor, te diré que no creo que a él le preocupe nuestro bienestar — señaló Tom y ella tuvo que reconocer que era cierto, aunque eso no les hacía menos responsables.

En lugar de ocupar el mejor sitio junto a las vías, como la mayoría de viajeros, Tom buscó el refugio de las paredes de la cantina. Desde allí podría vigilar quién llegaba y exponerse un poco menos. Sabía que cada minuto contaba.

Las manecillas del reloj de la estación se deslizaban con una lentitud exasperante. Los diez minutos pasaron de largo, Felicity se retorció las manos y Tom se estaba planteando abandonar y renunciar a subir a ese tren cuando se escuchó un silbido acompañado de una inconfundible nube de humo. Aún faltaba

un buen trecho para que la locomotora entrase en la estación, pero todos los viajeros cambiaron de posición, se acercaron un poco más a los raíles tratando de acortar aquella espera.

—Ya viene —dijo Felicity con voz nerviosa.

Él le apretó el brazo con fuerza y ella le devolvió una mirada esperanzada.

El tren estaba cada vez más cerca, aminoraba su marcha, pero seguía siendo un mecanismo imponente. No era fácil detener toda aquella maquinaria. Felicity iba a echar a correr, incapaz de seguir allí esperando, cuando la mano de

Tom se crispó alrededor de su brazo. Ella también lo vio y se quedó paralizada.

Tom tiró de Felicity hacia atrás, pegándola contra las paredes de la cantina.

—No te muevas. No hagas absolutamente nada —siseó.

Solo por el momento. Si querían salir de allí, no sería suficiente con no hacer nada.

—¡Maldita sea! ¡Cuando lo encuentre le meteré una bala entre ceja y ceja, aunque sea lo último que haga! ¡Y a ella



también! —rugió Lowell— ¡Échese a un lado! —dijo empujando a un viajero despistado.

Llevaba el Colt desenfundado y una expresión de furia irracional que hacía que la gente se apartase a su paso. Scott iba tras él pidiendo disculpas y ofreciendo excusas a las madres asustadas que intentaban proteger a sus hijos apretándoles contra su seno.

La locomotora hizo su entrada en la estación. Los recién llegados comenzaron a apearse del tren y se mezclaron con los que pretendían abandonar Tulsa. La estación se

convirtió en un revoltijo de gentes, paquetes y gritos.

—¡Scott, vigila esos vagones! ¡Y si ves a Rafferty, dispárale o te pondré a cavar letrinas de por vida!

Él se dirigió hacia los primeros vagones. Si ese malnacido y su amiguita pretendían subir a ese tren, lo harían por encima de su cadáver.

Tom retrocedió un paso y se pegó aún más contra la pared. Lowell les daba la espalda concentrado en controlar a los viajeros que abandonaban Tulsa. Felicity comprendió que la oportunidad

se les escaparía. La verían alejarse justo ante sus ojos. Y después ¿qué?

Entonces vio el revólver en la mano de Tom y en su rostro la expresión terrible y determinada que ya conocía.

—No, así no —imploró, su mano sujetando la de él. Así no podría seguir adelante. No con ese cargo en su conciencia, en la de él, en la de los dos. Ahora estaban juntos en todo.

Tom la miró y vio en ella lo mismo que había visto desde el primer momento en que la conoció: su honestidad, su deseo de hacer lo correcto. También a él le habría gustado

ser así, también habría querido llevar esa vida. Pero a veces el mundo no te dejaba más opciones que ser el más rápido en desenfundar.

—Escúchame, él no dudará en disparar.

—Lo sé. No está en nuestras manos —dijo Felicity aferrándose a aquello en lo que toda su vida había creído—. Mira en tu corazón, Tom. Tú sabes que no está bien.

El jefe de estación hizo sonar el silbato, dos toques cortos seguido de uno largo. Algún viajero rezagado se despidió de los suyos y subió

apresurado al tren. Poco a poco los vagones se pusieron en movimiento.

Tom calculó las posibilidades. Eran muy pocas, pero quizá nunca tuviesen una mejor. Se volvió hacia Felicity, la abrazó y le dio un beso corto y apasionado.

—Está bien. Lo haremos a tu manera. ¿Estás dispuesta a intentarlo? — preguntó mientras aún la estrechaba. Sus frentes apoyadas la una contra la otra.

—Lo estoy —asintió sin dudar.

—Pues entonces agárrate a mí y no te sueltes por nada del mundo.

Y antes de que pudiera rechistar, la

cogió por la cintura y echó a correr tan rápido como podía, llevándola casi en volandas.

—¡Ahí están! —gritó Lowell

Cuando sonaron los disparos rezó. No supo el qué, pero rezó. Una plegaria corta: por favor, por favor, por favor, mientras trataba de no soltarse de las manos de Tom y obligar a sus piernas a no quedarse demasiado atrás.

Silbaron más balas. El vagón de cola pasó ante sus ojos. Iban a perderlo.

—¡Vamos! —dijo Tom subiendo de un salto a la plataforma. Todavía la sujetaba, pero Felicity supo que no lo

conseguiría. Tendría que soltarle. No podría resistir más.

Entonces Tom tiró más fuerte y la izó con él al vagón. La rescató. La estrechaba con fuerza impidiendo que perdiese el equilibrio y se volcase hacia atrás cuando una bala fue a incrustarse en el metal del vagón, a escasas pulgadas de sus cabezas. Se le iba a salir el corazón del pecho. Miró tras ella y vio a Lowell estrellando su Colt contra el suelo. Era su última bala.

El *sheriff* todavía corrió un rato más detrás del tren, pero pronto estuvo demasiado lejos. Ella sintió tal alivio

que las piernas se le aflojaron y comenzó a reír. Sin control. Se sentía eufórica.

—¡Lo conseguimos! —gritó abrazándose al cuello de Tom.

Él también la abrazó. Los dos riendo exaltados y aliviados.

—Creí que no podría, pero tú, tú... —Luchó por deshacer el nudo de su garganta—. No me soltaste y lo logramos, lo dejamos atrás.

El tren iba cogiendo cada vez más velocidad. Las casas y los cercados se iban quedando atrás. Sin embargo, Felicity no tardó en notar que Tom no



compartía su entusiasmo. Ya no la abrazaba con la misma fuerza.

—¿Qué?

—No ha terminado. Usarán el telégrafo. Nos estarán esperando en Fayetteville.

La euforia de Felicity se desvaneció. No lo había pensado. Siempre sería así. Siempre huyendo, siempre con miedo.

—A no ser...

Se aproximaban a un puente. El tren redujo un poco su marcha.

—A no ser ¿qué? —preguntó ella temiéndose lo peor.

—Deberíamos saltar. Ahora. Quizá

no tengamos mejor ocasión.

Los rieles metálicos rechinaron bajo el peso de los vagones. Felicity miró hacia abajo y tragó saliva.

—¿Saltar?

Había al menos veinte pies de caída y mucha, mucha agua debajo.

Tom reconoció su temor. Él mismo pensó que era una locura, pero sabía lo que les esperaba al llegar a Fayetteville. No podía hacerle eso, seguir arrastrándola a aquella vida.

—Mírame, no tienes por qué hacerlo. Te dejarán tranquila si ven que estás sola. Podrás decirles que te engañé, que

todo fue culpa mía. Diles que te obligué.

Él se sintió un auténtico canalla, como si, después de todo, aquello fuera lo que hubiese ocurrido en realidad. Ella estuvo a punto de echarse a llorar.

Pero no lo hizo.

—Tom Rafferty, si lo que estás diciendo es que piensas saltar sin mí... No lo pienses ni por un minuto. Ayer me prometiste que para lo bueno y para lo malo y si crees que...

No la dejó seguir, la acalló con un beso fuerte y muy corto.

—¿Entonces lo hacemos? Tendrá que ser juntos.

El puente se acababa. Felicity asintió.

—A la de tres. Una, dos y...

Saltaron a la vez, cogidos de la mano. El viento los golpeó con fuerza en el rostro, el tiempo se ralentizó, escucharon el sonido del tren alejándose, el revuelo de la tela inflándose con el aire. Todo parecía abstracto, indefinido, fuera de la realidad... Hasta que se golpearon contra el agua.

El impacto fue como un latigazo. Se soltaron, se sumergieron en direcciones distintas. Felicity se sintió perdida.

Todo estaba turbio, pero en alguna parte brillaba una radiante luz. Trató de ir hacia ella, pero estaba aturdida por el golpe y el vestido pesaba demasiado. Se hundía.

Entonces sintió su mano. La cogió y tiró de ella. Felicity reaccionó y se dio impulso con los pies. Llegaron a la superficie con los pulmones a punto de estallar.

—¡Ahhhhhhh!

La corriente los arrastraba. Imposible nadar, cuanto podían hacer era intentar mantenerse a flote. Tragó tanta agua que no dudó que se ahogarían. Por fin

llegaron a un remanso. Estaba agotada, exhausta y mareada. Perdió por dos veces el pie al tratar de salir del río. Tom tuvo que sostenerla.

Se dejaron caer en la misma orilla y permanecieron allí, tumbados sobre el barro, dando gracias a su suerte.

—¿Estás bien? —preguntó Tom cuando recuperó el aliento.

Felicity todavía tardó un rato más en encontrar su voz.

—Espero que entiendas que tardaré mucho, mucho tiempo en perdonarte esto.

Él se incorporó a medias y se inclinó

sobre ella. Apoyó la mano en su mejilla y la besó muy despacio.

—Lo entiendo —murmuró.

Ella se derritió.

—Está bien. Tal vez no sea tanto tiempo.

Tom rio.

—Me gustas, señora Rafferty.

—Tú también me gustas. —Aunque esperaba no tener que verse obligada a menudo a elegir entre saltar de un tren en movimiento y él—. ¿Y bien? ¿Cuáles son tus planes? ¿Escalar una montaña? ¿Volver a cruzar el río a nado?

—Levantarnos —contestó él dando

ejemplo y obviando su sarcasmo— y caminar. Tenemos algo de tiempo hasta que descubran que hemos saltado del tren. Les llevaremos ventaja. Solo tenemos que pasar desapercibidos.

Desapercibidos. Felicity miró su precioso vestido estrenado el día antes. Estaba hecho un guiñapo, chorreando y cubierto de cieno y lodo. Allá por donde fuesen todos se fijarían en ellos y no para admirarlos. Tom adivinó sus pensamientos.

—Te compraré otro. Te lo prometo.

—No necesito otro vestido. —Nada tan caro al menos, porque una blusa y



una sencilla falda de percal no le habrían ido nada mal—. Preferiría un poco de tranquilidad.

—También me gustaría prometerle eso.

Trataba de poner buena cara. Felicity sacó a relucir su lado más animoso.

—Está bien. Comencemos a andar. Así nos secaremos antes.

—Esa es mi chica...

Tuvieron que atravesar zarzas y malezas. El vestido se le terminó de destrozar, se arañaron brazos y piernas. Hasta que dieron con un camino. Norte, sur, este, oeste... Allá donde miraban

todo eran praderas. Y una carreta. Justo en su dirección y apenas a unos pasos de ellos.

Se miraron el uno al otro. Tom, tenso. Felicity tratando de actuar con normalidad. ¿Era muy extraño que una mujer y su marido pasearan encharcados de pies a cabeza una bonita mañana de primavera?

—Sooo...

El carro se paró. Sus ocupantes, un hombre de unos cincuenta años largos de aspecto bienhumorado y socarrón y una mujer india de largas trenzas y rostro enigmático, les examinaron con

curiosidad.

—Buenos días, parece que han sufrido un tropiezo. ¿Dónde está la tormenta? —dijo el hombre riendo su propia broma.

—Tuvimos un accidente —dijo Felicity—. Nos caímos al río.

—Mala cosa. Yo no me mojo nunca si puedo evitarlo. La última vez que me bañé agarré un enfriamiento que me duró tres semanas. Sally me curó con emplastos de hierbas y cataplasmas de cebolla. Olía como el infierno, pero me libré de ir a ver a ningún matasanos.

La mujer murmuró unas palabras al

oído de su marido en su lengua nativa. Él asintió.

—Mi esposa dice que hablo de más y que este no es el momento ni el lugar. Me llamo Dick Duncan. Y ella es Sally Nube Ligera. ¿Quieren que les llevemos a alguna parte? Hay sitio de sobra atrás en la carreta. Vamos a Abilene. Es un viaje largo y mi mujer no es muy conversadora.

Tom y Felicity cruzaron un gesto y no necesitaron palabras para entenderse.

—Se lo agradecemos —dijo Tom—, pero no tenemos dinero para pagarles.

Dick se encogió de hombros.

—No todo en esta vida es el dinero. Hay cosas más importantes: dormir bajo las estrellas, ser dueño de tu propio destino... Para lo demás, el Señor proveerá. ¿Dónde van ustedes?

—No lo habíamos decidido —respondió Felicity—. Acabamos de casarnos. Estábamos pensando en probar suerte en algún otro lugar.

—Vaya, vaya... Un par de tortolitos —rio Dick. Nube Ligera volvió a murmurar algo al oído de su marido—. Y afortunados. Mi esposa dice que van a ser muy felices. Venga, suban a la carreta. Van a coger frío ahí parados.

Atrás hay mantas.

Subió primero Tom y la ayudó a subir a ella. Se acomodaron lo mejor que pudieron. Dick arreó a su asno y la carreta se sacudió con un ligero traqueteo. Felicity sabía que no tenía sentido, pero no se resistió a preguntar.

—¿De veras lo cree? Eso que ha dicho su esposa, que vamos a ser muy felices.

—Nube Ligera siempre habla en serio. Y nunca se equivoca. Lo dijo de nosotros hace diez años y mírennos. No podemos estar más satisfechos.

Dick comenzó a cantar en voz baja

una canción india y su mujer le acompañó. Él tenía una voz ronca y aguardentosa que encajaba bien con el tono bajo y cálido de ella. Felicity no entendía una sola palabra, pero sonaba dulce y tranquilizador. Tom le pasó el brazo por la espalda y la atrajo contra sí. Ella se apoyó en su hombro y se dejó mecer por el vaivén de la carreta.

Seguía empapada, el pelo húmedo se le pegaba a la cara en mechones sucios y aplastados, pero lo que pensó cuando cerró los ojos fue que aquella predicción de Nube Ligera ya estaba comenzando a cumplirse.

Se sentía feliz.



# EPÍLOGO

—¡Mamá, Tommy me ha quitado las canicas!

—Las canicas no son tuyas, Joshua, son de los dos. ¿Cuándo vais a aprender a compartir? —dijo Felicity sin volverse. Estaba demasiado ocupada tratando que su hija menor se comiera el puré de guisantes, pero la niña se negaba a cooperar.

Aún no tenía dos años y, si los gemelos se parecían a su padre, la

pequeña Charity era su vivo retrato. Pecosa, trenzas cortas y tiesas color zanahoria y vivarachos ojos de un original matiz de verde. Cuando vio a su hermano, la niña comenzó a balbucear y manotear en el plato con la cuchara. El puré salió despedido justo hacia las gafas de Felicity.

—¡Mamá! —gritó Tommy entrando por la puerta—. ¡Joshua no quiere dejarme jugar con las canicas!

—¡Has sido tú!

—¡No! ¡Tú empezaste!

—¡Son mías!

—¡Yo las cogí primero!

—¡¡¡Niños!!!

El grito hizo efecto inmediato. Los chicos se callaron y hasta Charity dejó de golpear en el plato con la cuchara.

—Salid los dos a la calle a jugar y no quiero oír una protesta más sobre las canicas o las cogeré y las tiraré al pozo. ¿Habéis entendido?

—Sí, mamá —asintieron los dos cabizbajos.

—Y tú, señorita, empieza ahora mismo a comer y no quiero que dejes una sola cucharada en el plato.

Charity abrió la boca y comió sin rechistar. Cuando acabó, Felicity le

limpió la cara y la bajó de la silla. La niña se sentó sobre el suelo de madera y se puso a jugar con los cubos que Tom había tallado para los gemelos. Los montaba unos encima de otros creando torres y luego las derribaba. Era su entretenimiento favorito.

Por enésima vez aquella mañana miró la hora en el reloj de pared. Solo habían pasado unos pocos minutos desde la última vez. Fue a asomarse a la ventana. Apartó los visillos y vio a Joshua y a Tommy jugando juntos a las canicas. El sentimiento de culpa por haberles gritado disminuyó un poco. Evitaba

hacerlo siempre que podía, y no por falta de ganas. La mayoría de las veces conseguía controlarse, pero aquel día estaba siendo más difícil. Tom tardaba. Ya debería estar de vuelta.

Se apartó de la ventana y se puso a limpiar el pequeño desastre provocado por las salpicaduras del puré de Charity. La cocina estaba recogida y la comida para ella y los chicos ya estaba hecha. La casa era pequeña, pero estaba limpia y no faltaba nada de lo imprescindible. Les había costado un trabajo inenarrable ponerla en pie. Normalmente, el hecho de contemplarlo todo en su sitio y en

orden, le producía una paz y una serenidad que le daban fuerzas para hacer frente a cualquier cosa, pero aquella mañana ni eso era suficiente.

Habían sido ocho años. Ocho años temiendo que todo se derrumbase en cualquier momento, temblando cada vez que un desconocido llamaba a la puerta, ocho años ocultándose. Y eso que después de todo, no resultó tan terrible.

Gracias a los Duncan consiguieron salir sanos y salvos de Oklahoma y llegar a Texas sin sufrir mayores tropiezos. Habían conservado la amistad durante todo aquel tiempo y siempre que

pasaban por Henderson iban a visitarlos. Ellos eran así. Les gustaba vagar de un sitio a otro. Incluso ella sentía a veces nostalgia de aquel viaje. Aprendió a preocuparse un poco menos. A dejar que las cosas siguieran su cauce. También se conocieron mejor el uno al otro y pudo comprobar que no se había equivocado, que Tom era un buen hombre y que amarlo era más fácil de lo que había pensado.

Cuando se instalaron en Texas, él buscó trabajo como vaquero en uno de los enormes ranchos de la zona. Ahorraron cada dólar de su sueldo hasta

que pudieron comprar aquel pedazo de tierra dura por la que nadie daba un centavo.

No fue una decisión fácil. Los gemelos tenían cuatro años. Estaba esperando a Charity. Pero hasta entonces habían vivido en casas que arrendaban por temporadas. Un terreno en propiedad parecía demasiado definitivo. Felicity sabía que nadie arrancararía a Tom de allí y temía que eso acabara por ser su fin. Pero era importante para él. Tener su propio hogar, y también, ¿por qué engañarse?, para ella. Así que se lanzaron y trabajaron lo indecible para



sacar adelante aquel pequeño rancho.

Hasta que llegó el golpe de suerte.

Los gritos de los niños la sacaron de sus pensamientos.

—¡Es papá! ¡Viene papá!

Felicity corrió hacia la puerta, Charity la siguió pegada a sus faldas. Cuando lo reconoció, a través de la nube de polvo que levantaba su caballo, por fin respiró.

—¡Hola, papá! —gritaron los niños rodeándole en cuanto descabalgó.

—¿Os habéis portado bien, chicos? ¿Habéis ayudado a vuestra madre?

—Yo sí —saltó Tommy.

—Yo también —aseguró Joshua.

Tom sonrió y la miró. Felicity no se atrevió a preguntar y él no la obligó a hacerlo.

—Lo tengo.

—¿De verdad? —Era demasiado bueno para creerlo, pero él no bromearía con algo así.

—Míralo tú misma.

Y le tendió los documentos.

«Por la autoridad que me confiere el estado de Oklahoma, certifico que la deuda de Thomas Rafferty con el Bank of Cushing queda saldada con la entrega de cinco mil dólares en concepto de

indemnización e intereses y, por lo tanto, se retira la acusación de robo y asalto. Así mismo las ulteriores causas pendientes quedan archivadas y anulada la orden de busca y captura.

En Tulsa, a diez de abril de 1905».

—¿Contenta?

—Tom...

No le salían las palabras.

—Ven aquí.

La cogió por la cintura, la levantó en volandas y le dio una vuelta completa en el aire.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —balbuceó la pequeña Charity alzando los brazos. Los

gemelos también corrieron solicitando su turno—. ¡A mí también!

Tom soltó a Felicity y rio pidiendo orden.

—Está bien, está bien. No os amontonéis. Habrá para todos.

Pero como ninguno se resignaba a ceder el puesto, terminó cargando con los tres a la vez. Todos dando vueltas y riendo a carcajadas.

Felicity volvió a leer aquel papel. Costaba creerlo, pero era verdad. Ya nunca más tendría que preocuparse por que un mal día el pasado los alcanzara. No más mentiras. No más cuentas

pendientes.

Había sido necesario que de aquel pedazo de tierra seca, en la que solo Tom creía, brotara petróleo para que el milagro se hiciera. Estaban excavando un pozo para conseguir agua para el ganado cuando dieron con la bolsa. Felicity sabía que el petróleo era valioso, pero nunca había creído que se pudiera ganar tanto dinero. Con lo que extrajeron en un año juntaron lo suficiente para pagar la deuda pendiente y los abogados. Un bufete de Houston se encargó de negociar el acuerdo con el banco y con el juez y el *sheriff* de

Cushing. El verdadero responsable del asalto a la diligencia de Fort Gibson había sido detenido años antes. A Lowell lo habían relevado por esa y otras irregularidades y su puesto lo ocupaba Scott. Prestó testimonio en su favor, asegurando que podían haber acabado con la vida del anterior *sheriff* y, sin embargo, la habían respetado.

Ahora el futuro se presentaba brillante. Tenían ofertas con cantidades mareantes proponiéndoles vender el rancho, pero Tom no había querido ni considerarlo y ella no necesitaba más dinero. Ya tenía todo lo que quería.

—Vamos, chicos. Id a jugar. Vuestra madre y yo tenemos que hablar de algo muy importante.

Los pequeños obedecieron y echaron a correr persiguiéndose unos a otros. Tom cogió a Felicity por la cintura y la atrajo contra sí.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó. Sabía lo importante que era también para él.

—Como un hombre que ha conseguido todo cuanto desea. ¿Y tú?

—En realidad aún no he notado la diferencia —respondió como si no hubiese pasado noches y noches sin

conciliar el sueño.

—La notarás, ya verás. Se acabaron las privaciones. Pienso comprarte tantos vestidos que te pasarás horas decidiendo cuál vas a ponerte.

—Creía que te gustaba como era.

—Me gustas como eres. Y cuando no tienes nada puesto me gustas más todavía.

—Oh, Tom.

—Y me encanta cuando te sonrojas, manzanita.

—Eres incorregible.

—Lo sé y sé que te gusta. ¿Crees que me seguirás queriendo ahora que no soy



un delincuente?

—Hummm... No estoy segura. Tendré que pensarlo. Te hacía tan interesante y atractivo...

—Entonces piensa en esto.

Y la besó.

Era falso, por supuesto. Felicity no necesitaba pensar nada. Desde aquel primer día no había vuelto a tener dudas sobre si había hecho lo correcto.

Además, para ella sería siempre un auténtico forajido.

No en balde, le robaba el corazón con cada vez que la besaba.